
EPISTOLA-HISTORIA EN VERSO

Las páginas inéditas de Horacio Quiroga que publicamos aquí se hallaban en poder de quien fué amigo entrañable suyo, el Dr. José María Delgado, a cuya gentileza debemos el poderlas insertar, como una invaluable primicia, a la cabeza de este número.

La carta dirigida a su amigo, en momentos en que Quiroga iba a emprender su viaje a Misiones como secretario de Lugones, para el estudio cuyo fruto sería "El Imperio Jesuítico", documenta la fecha del poema al que su autor alude en ella, y que es el que publicamos en primer término, llamándolo "epístola-historia en verso". Ese es el nombre, pues, que hemos creído deber ponerle, pues su borrador no indicaba ninguno.

Por dar satisfacción a escrúpulos dignos de todo respeto, nos hemos atrevido a suprimir, en la transcripción de este poema, algunos pocos versos que podrían herir del modo más crudamente excesivo cierto género de sentimientos de delicadeza, y cuya omisión no altera sustancialmente el espíritu de la obra. Esta no pierde su carácter dado que continúa, de todos modos, revelando momentos de alto valor artístico, y tocada, acá y allá, de alguna nota de erotismo mórbido y humorismo sarcástico.

Semejante amputación no hubiera sido lícita si el objeto de este número de homenaje a Quiroga hubiese sido de documentación exacta, y la publicación íntegra de la "epístola-historia en verso" deberá hacerla, de todos modos, algún día, quien acometa la obra de investigación de fuentes que la magnitud de su personalidad reclama.

Nuestro propósito es, en cambio, el de no impedir la llegada de las páginas de exaltación de los valores de Quiroga que integran este número a ningún espíritu que pueda, desprevenido, acercarse hasta ellas. Es el mo-

mento de la gran divulgación admirativa, del desbordamiento inicial de la emoción provocada por la muerte del gran artista.

Por otra parte se trata de una obra destinada por su autor a ser mantenida en la intimidad, hecha con ánimo de expansión amistosa y no de publicación. Ello nos proporciona una nueva seguridad para la solución que hemos adoptado.

El soneto "El payaso dormido" va, en cambio, sin alteración. Otra carta de Quiroga al Dr. Delgado permite atribuirlo al año 1906, o quizás a 1905.

E. P. M.

Buenos Aires, Junio 13 de 1903.

Mi buen amigo: En vísperas de un largo viaje —del cual por cierto estoy encargado de llevar el diario— te envío un buen abrazo de amistad y estímulo, este último ¡ay! bien poco común en esa tierra de perpetua meditación estéril. Me supongo continuarás en las trece de hacerte un nombre, sana y dolorosa cosa. Si algo tienes hecho, mándamelo. De paso te diré que leí a Lugones algunos versos tuyos, y — como yo— halló que eran una firme promesa. No por eso te vayas desgraciadamente a cristalizar en esa forma fácil y deshilvanada. Yo, que he pagado a ello buen tributo, voy regerándome a fuerza de trabajo. Si algún día puedes leer el artículo de Maupassant que sirve de prólogo a su novela "Pedro y Juan", házlo, porque se aprende.

He escrito bastante; algún día leeremos. Días pasados comencé a escribirte una larga epístola-historia en verso, con el sano objeto de pasar el rato. Te la envió inconclusa.

Que trabajes y un cordial abrazo.

Horacio

Mi nacimiento, en suma, fué como el de cualquiera:
mi madre sonreía con su candor de cera,
la sirvienta prolija buscaba topas blancas,
y el médico admiraba sus formidables ancas.

En tanto yo gritaba y me callaba a ratos,
tal como los canarios cuando ven a los gatos.

Después vino la infancia con sus descomposturas,
despertando con ella las vocaciones puras.
Todas las criaturas que jugaban conmigo
llevaban de mis dedos la marca en el ombligo;
si bien algunas veces — y éstas no fueron pocas—
ponía mi hombradía ya sólida en sus bocas.
El tiempo iba corriendo, y con él avanzaba
mi afán de hacer posible todo lo que miraba.
Aquellas amiguitas de mi infancia primera,
untuosas por la savia de mi audaz primavera,
continuaron jugando conmigo todo el día,
Inés, Teodora, Antígona, Berenice y María.

Inés era graciosa como una pluma blanca;
hija de una familia poderosa en la banca,
su regia compostura daba placer al hombre.
Mi boca era tardía en pronunciar su nombre
en fuerza de gustarle como una golosina.
Su voz precipitaba la fiebre vespertina
que mata a los amantes de las baladas rusas.
Sus manos deponían ilusiones confusas
en todo. Pocas veces se entregaba de veras.
Era rápido el tiempo llorado en sus caderas.
¡Qué más! Poco duraron nuestros momentos claros.
Teodora fué enseñuida con sus placeres raros.

.
.
.
.

Su vientre recusaba toda función tranquila,
e iba, triste, siguiéndola, como un perro a la esquila.
Sus sedas exhalaban monótonos delirios,

sus ojos se incendiaban en ardientes colirios,
y entre sus muslos blancos mi vida se fundía
ante el cristal de aquella decadente María.

Fué Antígona la casta doncella. Sus caricias
son para mis recuerdos adorables albricias.
Paseábamos de noche por las frondas caseras
bajo los paraísos que bordan las aceras.
Vivía al lado nuestro; su familia era pobre
como las cercanías de un manantial salobre.
Desde la puerta hablábamos cuando había llovido,
y entonces recogía con su mano el vestido.
¡Cuántos besos volaron en las tardes mojadas!
El viento sacudía sus enaguas caladas,
sus aros, que tenían un ópalo en el centro;
como a los dos a un tiempo nos llamaban de adentro,
soplábamos un beso, riendo, sobre las manos.
Éstos idilios blancos son siempre bien humanos.
Todo pasó, no obstante. Una gran epidemia
temblores, fiebre, vómitos; ya casi al fin, uremia,
arrebató su vida, como una cosa fácil,
y así revive ahora su cuello largo y grácil,
la plazoleta, Antígona y su pobreza tierna.

Berenice es el símbolo de la belleza eterna,
su vida es un esfuerzo hacia la forma estricta;
todo lo que —en resumen— la desazón nos dicta
cabe en su esencia, puesto que el sufrimiento crea
el verso, el embarazo mensual de la marea,
la vida, que es un simple esfuerzo, y por lo tanto
llena de contracturas dolorosas; y el llanto
de las recién paridas es igual al chirrido
del cabrestante, el torno o el alambre torcido
que llora con el mismo dolor de las paridas.

Como las Adalgondas nevadas, o las *Idas*,
Berenice, mi amor celeste era alta y flaca.

Sus manos se afilaban en tersuras de laca;
por la noche leíamos bajo el parral sombrío,
del cual se divisaba la palidez del río.
Berenice tenía dieciocho años. Nada
era tan silencioso como su voz velada;
tenían los rubíes de sus manos desnudas
el trágico decoro de las princesas mudas
que entierran por sus manos a sus amantes muertos,

EL PAYASO DORMIDO

Dormía como un niño, con su clara
vestimenta de clown; ancho consuelo
daba la ingrata claridad del suelo
a su fastuosa noche de algazara.

Su boca carmesí, de tinta rosa
reía alegremente bajo el cielo,
afirmando esa púrpura hasta el pelo,
el almidón espeso de su cara.

Desvirtuaba ese cáustico diseño
toda posible placidez de sueño.
Movido a compasión tracé a su frente
en las dos comisuras de su risa,
una pequeña diagonal de tiza
a fin de que durmiera gravemente.

Horacio Quiroga

HORACIO QUIROGA Y SU PUEBLO

Vamos por el recuerdo hacia la ciudad perfumada y caliente. El sol quema las piedras de la calle real por donde pasa aburrido el "Ripper", ebrio como una chicharra, de agudos chillidos. Hiere la siesta del pueblo la corneta del mayoral; y se percibe a lo lejos, después más cerca en la Plaza vieja; después frente a la casa cerrada; después lentamente se aleja y se pierde, así una imagen en el olvido. También el reloj alto de la iglesia da su voz metódica en la hora de sueño.

Las casas están dormidas, con las persianas cerradas. Fachadas severas de altas columnas y prolijo entablamento, hablan de un Vignola que cruzara los mares en las manos callosas del albañil emigrado. El ancho portal esconde con la puntilla de hierro de su cancela, el misterio de los patios floridos, para embellecerlo, como el velo sobre el rostro de la dama. Y deja huir, como una confianza amorosa, el secreto de rojas flores y blancos jazmines. Cruza la pereza morena de la sierva hacia los aposentos, en un preanuncio de Figari. Y el mismo can desgarbado también la sigue.

El sol cuida la siesta del pueblo. Personaje central del drama se le siente en todas partes: en la luz y en la sombra; radiante en el patio, como amo y señor; amansado en los interiores suaves que velan las celosas persianas.

Ni una brisa en la quietud. El sol detiene el aire que también se aduerme. Y bajo el ardiente estío "l'insecte net gratte la sécheresse", como en el perfecto verso de Valéry.

Sólo los patios —remedos del trópico— se entregan a

su misterioso palpitir. Abren las flores rojas de la "estrella federal"; se desenrulan, despezándose, los altos helechos; surge una flor procaz, dentro de duro estuche en la planta sin nombre; abre la dulce diamela y se cuaja de blanco el oscuro jazminero; la "olea frangans" y el "Frangipane" esconden el estilete de su aroma pegado al tallo; y en las grutas barrocas, hechas con ágatas y piedras abrillantadas, tiemblan púdicos los culandrillos.

Entre la calle y el patio está enfundada la sala; altos muebles vestidos de blanco esperando la llegada del novio o de la vecina, para lucir una tarde en la semana, el rojo empalidecido de sus brocados.

Duerme el pueblo bajo el sol inflexible. Mas ha llegado la hora de despertar. Ya pasa por la calle la regadora tirada por mulas; su lluvia empapa el macadam de color rojizo como plancha herrumbrada. También el mozo del almacén parodia al regador, mojando las losas calientes de la vereda; ha entrado nuevo personaje en el drama canicular. Con prestancia de héroe pagano, frente al sol dominador, se planta el agua, agua que cae en hilos finos y que se vuelve vapor sutil en ansia de ser nube, para correr por las aceras, penetrar a través de las persianas y jugar en los patios con el perfume de las flores.

Es ya la hora de ganar la calle donde la sombra se hace más ancha. Las veredas cargan su clientela, y en la confitería de Montaldo y en el almacén de Istiart se abren las mesas redondas de hierro y se acercan las sillas sin alma.

En el interior de las casas rumorea nueva vida. Las fámulas corren a los arreglos; y las niñas deshacen los moños de papel de estraza con que tenían aprisionados los rulos desde la mañana. Se lavan y se perfuman, calzan el zapato fino y visten el vestido claro de volados. Abren la persiana austera y colocan sobre el alféizar de mármol la balconera bordada de pájaros y margaritas. Allí, en actitud de vestales, apoyan los brazos desnudos y esperan... El pueblo les da, a ellas, sempiternas espectadoras de las tardes iguales, siempre los mismos actores. Sólo una que otra

vez pasa la silueta extraña del forastero, dejando una estela de interrogaciones.

Por esa calle de calor y aromas, cruza todas las tardes Horacio Quiroga. Flaco, desgarbado, pálido, de pelo enrespado y risa mefistofélica. Es el revolucionario del pueblo. Es el incomprendido. Se junta con sus amigos, los dos Delgado, Fernández Saldaña, Brignole, Jaureche, Toucón, Cuenca, Schuch, los intelectuales del pueblo. Van siempre a lo de Calamet. Allí, junto a los relojes incansables y desaparecidos, con el lente pegado a las ruedecillas, el viejito Calamet —barba blanca y paciencia de eremita— gasta su vida al ritmo fijo de sus máquinas. Su hijo, el pianista, el que ha leído a Baudelaire y a Verlaine, es el compañero íntimo de Quiroga para las andanzas extravagantes. En la trastienda de la relojería canta un piano de Chopin y allí irrumpe Quiroga, nervioso, inquieto, un propósito fantástico siempre en sus labios. Se sienta, se para, camina, y al fin sale con Roberto Calamet hacia las calles. El viejito levanta su barba blanca de la mesa y mira de soslayo al hijo que se va, al hijo, el mejor reloj de su relojería.

Esta pareja de artistas extraños pasea por el pueblo sus nostalgias de tempranos decadentes. Muchas veces a pie, en marcha desordenada; otras veces en bicicleta, jadeando en las cuestas arriba. Entonces el viaje es muy largo: hacia el Hipódromo o hacia el río; y al cruzar junto a los ranchos, entre el azoro de los niños y la burla de los viejos, se levanta el concierto de los perros agresivos. El pueblo los guarda como una cosa rara; y las niñas desde los balcones de mármol los siguen con enternecido mirar. Así entre tardes y tardes, en medio a la indiferencia y a la incomprensión.

Mas un día esa extravagancia del incansable trashumante adquiere plenitud. Quiroga descubre el secreto de sus aires extraños. Ha dado a luz un libro, "un libro" nacido como una flor inesperada de la exótica planta que pensábamos estéril. Un libro de un nombre raro: "Los arrecifes de coral". Entonces nace el orgullo pueblerino. El Salto, que tenía las mejores naranjas, y los vinos de Harriague,

y las cascadas del río, y el Hotel Concordia, y el Instituto Politécnico, tenía también "su autor". Un autor que no tenía Paysandú. Un autor que perseguía la fama.

El libro no era leído en el pueblo, como pasa con tantos libros; pero allí estaba tapizando la ancha vidriera de la librería de Cuenca con su carátula "art nouveau", prodigio de curvas y de perfiles entrelazados.

El ambiente intelectual, rico de sustancia propia, nacido a la sombra del Instituto Politécnico, se enardece con la aparición literaria. Y el pequeño cenáculo se engolfa en las arduas discusiones.

Así fué el milagro de "Los arrecifes de coral". Quedó muchos días en la vidriera, con inútil incitación. Después desapareció para dar lugar a libros de lectura, lápices y gomas. Pero Quiroga siguió en la ufanía de la paternidad. La misma extravagancia, pero revestida ahora de nuevo prestigio. Caminaba por las calles, pero ya incómodo, usando el pueblo como un traje que le quedara chico.

En sus correrías melancólicas abandonaba las quintas de naranjos, acercándose siempre al río. Miraba el lento correr del azul hacia las distancias. Y esperaba a que se volviera de oro en el crepúsculo.

El río, hermano confidente, dócil a su súplica, lo llevó una mañana hacia la ausencia, la larga y prolífica ausencia. Y esperó fielmente su vuelta, hasta ese día triste en que, reducido en puñado de cenizas, retornó a acostarse sobre su tierra.

Con la mansedumbre de aquellas tardes roció del mismo oro su húmedo crepúsculo y lo entregó trocado en aureola, para la gloria del artista muerto.

Carlos A. Herrera Mac-Lean.

EL SENTIDO DE LA VIDA DE HORACIO QUIROGA

I

Dos hechos impresionan profundamente en las obras de Quiroga: primero, la falta de expresión subjetiva, de afectividad, la casi indiferencia por los personajes, a quienes muestra en sus torturas, caídas, miserias, sin manifestar hacia ellos simpatía aparente; en segundo lugar, todos los temas parecen sugerir algo de la vida misma del autor, como si en el desarrollo de las ideas hubiese un índice capaz de revelar cuál fué la consagración más íntima y el sentido profundo de esa vida.

La falta de expresión emocional se trasluce sobre todo en el tratamiento de los hombres. ¡Qué poco interés por el hombre hay en la obra de Quiroga! Es un elemento más en la naturaleza, pero no se inclina sobre él con amor ni con desprecio. El hombre lucha, se desespera, imagina, pero nunca es un triunfador y desaparece absorbido por un destino inexorable. En la selva, como víctima de fuerzas naturales, en la vida corriente, abrumado por su propio fatalismo o por fuerzas extrañas, el hombre es sólo un juguete y su voluntad se quiebra impotente o se torna trágicamente inútil por el juego de elementos que no pudo dominar.

Es una falta de ternura, de afecto, una sequedad impasible que le permite observar a los hombres, anotar sus problemas, verlos en la desesperación o en la tragedia y verificar su derrota en la desesperanza. Frío e impasible, sin ternura y sin subjetividad, sin la fácil emoción que se des-

borda, contiene la exteriorización de toda simpatía y de todo afecto.

Es esto lo que distinguirá siempre a Horacio Quiroga de los autores con quienes se le compara. En todos ellos, Jack London, Rudyard Kipling entre los contemporáneos, Maupassant entre los anteriores, el hombre es siempre el eje del cuadro, el elemento que concentra el interés y el drama. Sus personajes se agitan, luchan con la naturaleza o con otros hombres; se creen reyes de la creación, y tienen un aliento de superioridad que les permite vivir fraternamente con los creadores del mundo; parecen vinculados a la divinidad. Pero en Quiroga marchan todos a la deriva y son despedazados sin piedad. Tal vez haya en lo humano un soplo divino, pero ese soplo no se manifiesta nunca y los hombres fracasan terriblemente ante el juego de las fuerzas implacables.

Por eso en "El Desierto", el protagonista lo previó todo menos la posibilidad de quedarse impotente y aislado en plena naturaleza. Los *mensú* que carecen de voluntad para vencer el clima, son víctimas de trabajos forzados y arrastran en la gloria de la naturaleza su miseria y su desesperanza infinita sin protestas, esperando sólo la alegría de una semana en que gastan todo lo que consiguieron en una contrata. Los dominadores mismos no tienen el aspecto brutal y triunfador que les presta la imaginación de un novelista social: tan esclavos los patrones como los miserables, aparecen todos arrebatados por una implacable tormenta avasalladora. Cuando el optimismo domina a un hombre como Benincasa en "La Miel Silvestre", un accidente le hace terminar trágicamente la vida devorado por las hormigas en un instante inesperado. Un sino terrible parece transformar en trágico juego burlesco la confianza del hombre en sí mismo. La naturaleza ahoga todos los esfuerzos de liberación, a manera de esas plantas estranguladoras que rodean lentamente el árbol vigoroso y lo matan, o como esa savia tropical que exalta su vitalidad haciendo brotar lujuriosamente los troncos inútiles, mientras aniquila el

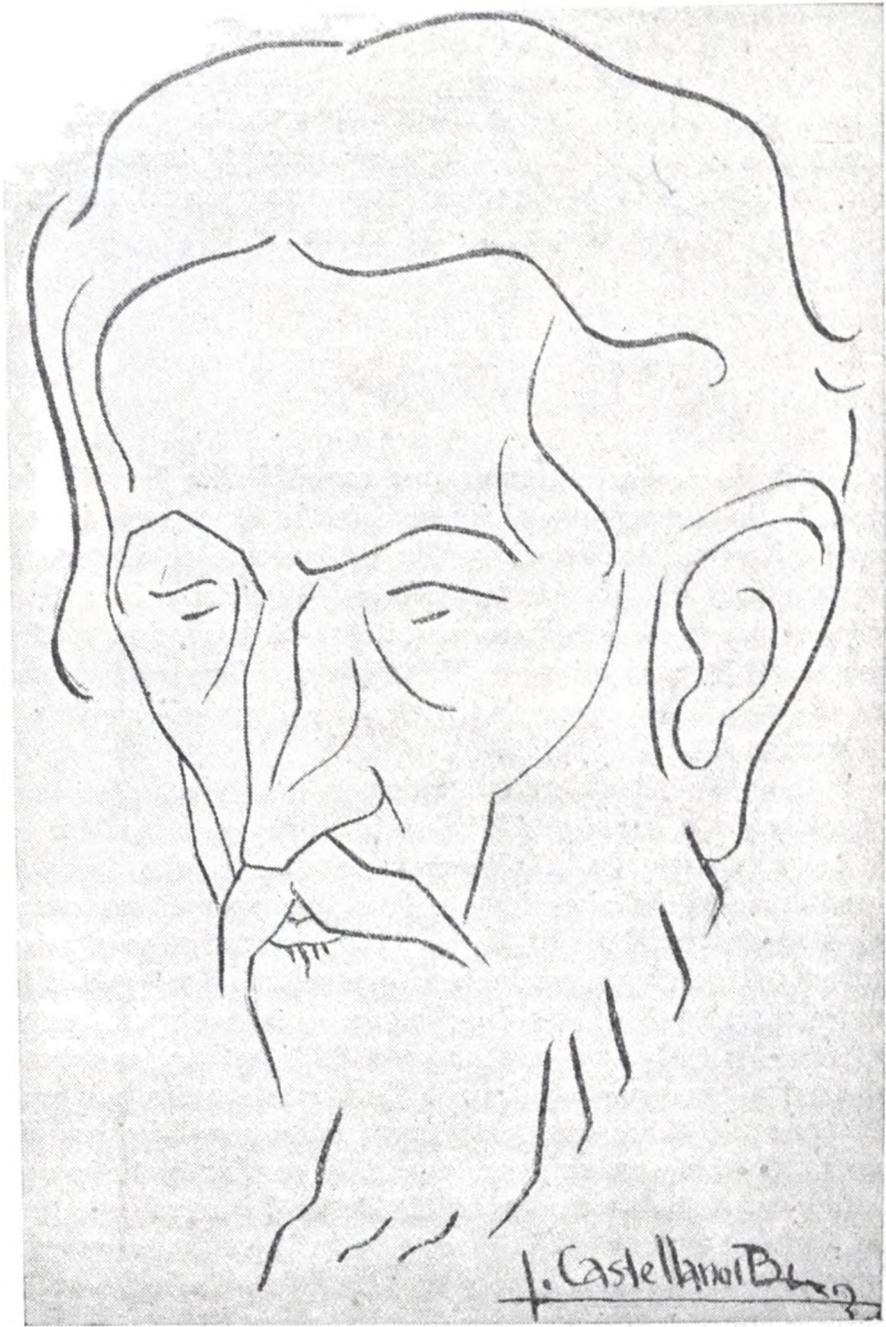
esfuerzo del hombre y destruye su vida con las fiebres malignas.

Ni siquiera huyendo de la exuberancia tropical se evita el destino implacable. Las fuerzas que llevamos dentro marcan inexorablemente la marcha de nuestra vida y destruyen todos los propósitos de la voluntad. Los sueños se desvanecen y con ellos todas nuestras esperanzas. El amor es una ilusión que se borra y destroza sin que podamos hacer nada para salvarlo, siquiera como recuerdo de lo que pudo ser, de lo que se pudo soñar. Destrucción fría y perpetuo anonadamiento de sueños y de ilusiones sin notas inferiores; sin espectáculos crudos. Sólo el hombre abrumado que recoge, en "Una Estación de Amor", los restos de la mujer que amó, o la desesperación de quien tomó a la mujer demasiado pronto o demasiado tarde como en "El Ocaso".

La trágica manifestación de fuerzas extrañas o el desborde de un mundo lleno de misterios se presenta con el mismo carácter: como el último resto de normalidad, como el automatismo del "Conductor del Rápido" que hace naufragar la razón en un acto de heroísmo mental; pero las fuerzas ocultas no se exhiben con preocupación de neurótico o como la expresión de un espíritu delirante a lo Poe. Aparecen siempre la misma intención, el mismo concepto: el hombre, agobiado por lo incomprendible, marcha a la deriva como el pobre *mensú* que no tiene ya fuerzas y se deja arrastrar por la corriente, o el hombre estrangulado, como el árbol, que no resiste el abrazo mortal del zipó. Fuerzas que dominan y lo llevan, fuerzas que aniquilan y destruyen.

Sus personajes se debaten en un mundo de fantasmas, para terminar como juguetes de elementos que impiden la afirmación del individuo liberado. El destino absorbe la vida llena de esperanzas, de gracia, de posibilidades, con esa inesperada y angustiosa voracidad del insecto oculto en el "Almohadón de Plumas". Sólo por excepción el optimismo llena de alegría unos momentos fugaces.

Quiroga aparece con la sequedad de un espíritu que



HORACIO QUIROGA por *L. Castellanos Balparda*

contempla el juego ridículo de unos seres que pretenden ser dioses y narra, con impassibilidad de observador indiferente, sin la menor emoción, sus más terribles tragedias. Esa desgarradora ansiedad de los niños abandonados en "El Desierto", o el fin de "La Gallina Degollada", hacen pensar que lo humano se ha perdido fatalmente; que la angustia no hace presa en el espíritu del narrador.

II

¿Quién fué este hombre que concibió sólo la ridiculez de todos los esfuerzos y el fin de todas las esperanzas humanas? ¿Por qué halló satisfacción en burlarse de los ensueños y placer en describir los esfuerzos estériles del hombre, frente a un medio hostil en que fatalmente la víctima tendrá que ser el hombre mismo? ¿De dónde proviene esa literatura objetiva, que parece indiferencia y desprecio por todo lo humano?

Conservo el recuerdo familiar de un Quiroga, muchacho alocado a quien se atribuían horrores en el pueblo: se le acusaba hasta de haber puesto tinta en la pila de agua bendita de la Iglesia, cierto día en que aparecieron manchas negras en el pecho de las beatas madrugadoras. Veo todavía el gesto de asombro con que se enteró mi padre de que Quiroga era un escritor; no podía concebir que aquel adolescente turbulento y destructor de la quinta; que acudía a ella con sus compañeros y terminaba siempre sus reuniones con diabluras inocentes, pero que un espíritu común no puede comprender, fuese capaz de escribir algo de valor. Y queda, además, el recuerdo de un joven mimado por la fortuna, que se dedicaba a rarezas literarias y parecía encaminado a realizar la vida espiritual de un señorito cualquiera, inteligente y sin preocupaciones económicas.

Junto con éstos, el recuerdo de una vida acariciada permanentemente por la muerte; su padre muerto trágicamen-

te al disparársele la escopeta en una excursión de caza mientras cruza un arroyo por un alambrado (la figura de "El Hijo" muerto del mismo modo). El padrastro que se suicida con un tiro de escopeta en la boca (esa escopeta que fué la primera que tuve en mis manos); los hermanos que desaparecen inesperadamente en plena juventud; la muerte, por causa suya, de su amigo Ferrando; suicidios que dominan con sus trágicas proyecciones toda la juventud.

Y como accidentes que coronan ese derrumbe de vidas, la pérdida de su fortuna; la aventura de plantador en el Chaco donde terminaría la vida con una tifoidea su hermano Prudencio; la acción en la selva tropical, mezcla de aventura y de lucha por la vida, donde no termina la serie de sus experiencias de muerte; el suicidio de la persona amada; y finalmente, su propio suicidio. Vida tocada por una experiencia suprema, que saca de los hechos trágicos la noción de la vida misma.

La vida, vinculada siempre por oscuros designios o necesidades vitales a un destino sombrío e inevitable en el que predomina el dolor y la muerte, puede sentirse como el punto hacia donde convergen un juego de fuerzas destructoras. Parece entonces que la propia presencia desencadenara los elementos de desolación y de tragedia. Quiroga hizo el sacrificio de toda su emotividad aparente quizá porque agotó sus posibilidades de temor frente a lo insondable: el hombre contempla serenamente todos los acontecimientos cuando ya nada parece capaz de superar la angustia y el dolor del pasado. Se ha vencido el infausto horror a la muerte; se ha racionalizado la inferioridad de sentir la suerte humana condicionada a fuerzas de naturaleza misteriosa. Por más extraños elementos que aparezcan, todas las posibilidades se aceptan porque la suerte del hombre estuvo ya unida a torturas excepcionales.

Frente a quienes lo trataban, Quiroga aparecía como un espíritu para quien la vida era sólo un motivo de experiencia por encima del dolor, porque era capaz de soportar impasible todas las contingencias. "Hay algo de gran

señor en Quiroga" anotaba un amigo que se sintió impresionado por su gesto de nobleza y sus maneras de excepción. Era un gran señor en el modo de tomar los acontecimientos vitales, más que en la distinción atildada, que adopta un gesto teatral o impersonaliza la figura reduciéndola a actitudes externas, que ocultan el vacío del espíritu adoptando máscaras que otros hicieron dignas. Era un gran señor en la impasibilidad para contemplar las misérias de la vida, en el sello inconfundible con que impedía que los acontecimientos mezquinos absorbieran su espíritu o provocaran en él reacciones inferiores, en la lejanía con que trataba los acontecimientos cotidianos, para tomarlos sólo como elementos de verificación o de experiencia; superior al medio, sin el desprecio amanerado e hipócrita o la jactancia de una superioridad que no lo es porque carece de dignidad.

Le oí hablar serenamente de tinterillos que querían reducirlo a ejercer de amanuense en el Consulado del Uruguay en Buenos Aires, sin una queja, sin un gesto de impaciencia, como simple indicación de lo que pasaba y de lo que podía hacer. Gran señor impasible, con el espíritu de quien lleva toda su vida dentro, que no necesitaba de exterioridades; gran señor que se siente desprendido de todas las vanidades y de todos los rencores, que no se apasiona porque su vida brota sin contraste con los demás y siente que su energía le impide despreciar o herir. Serenidad extraordinaria de quien no experimenta la necesidad de afirmar su grandeza y mantiene el dominio de sí mismo, de un modo extraño, en la intensidad vital absoluta; gran señor, en el fondo, porque posee el señorío de la vida fuerte y honda, que no tiene ni necesita moldes tradicionales, ni medidas ajenas, ni cotejos con otras vidas. Siendo como era espontáneo, natural, sin aprendizaje previo, resultaba impresionante y grande.

Su señorío interior, quitaba interés a los hechos y a las preocupaciones inmediatas, porque situaba los acontecimientos diarios en esa perspectiva lejana que borra o desvanece todo lo pasajero y momentáneo.

Los hombres se aferran a privilegios, a distinciones de clases, a modos de hablar y de vestir; pero frente a la vida pura, frente a la naturaleza se borran los afanes secundarios y el espíritu se impregna de indiferencia o de tolerancia. Se disputan las posiciones y se intenta vencer en una exaltación áspera de rencores mezquinos, de reacciones apasionadas por algo que no representa valor para quien carece de vanidad; para quien puede contemplar la verdadera naturaleza de todas las posiciones o de todas las conquistas humanas, dejando amarguras y absorbiendo vitalidad.

El gesto de Quiroga que narra simplemente sus andanzas de oficinista, marca un contraste violento con la visión de miles de burócratas que se desgarran por mendrugos, por la gloria de un nombre, o por aproximarse a un gobernante, preocupado a su vez por mezquindades aparatosas de éxitos aparentes e incienso pagado con favores. Es el gesto de un hombre que se liberaba interiormente de toda la pequeñez de los hombres esclavizados que rinden culto a las preocupaciones artificiosas de la vida.

Aparecerá a veces el calificativo de estoico, pero no lo era en verdad Quiroga. El estoico forzaba ridículamente toda su inclinación, ponía tensa la voluntad para contrariar impulsos íntimos y crear una orientación a la que naturalmente no se hubiera dirigido. En Quiroga vivía un ser armónico y lógico. Todo su espíritu se apartaba naturalmente de las pequeñeces humanas; de los esfuerzos que gastamos para soportar lo que nos disgusta o abrimos camino en el medio social. Sus hombres se inspiran poca simpatía recíproca; en toda la obra se encuentran los seres humanos vinculados en el esfuerzo o en la oposición, pero falta el vínculo afectivo; el aprecio y comprensión por la suerte de lo humano. La emoción sólo se transparenta frente a los animales y a las plantas. Un abacaxí que lucha en un medio hostil, la naturaleza que estalla en vitalidad avasalladora, los animales de la selva, la selva misma; el río que tiene impresionante variedad de vida, todo vibra y aparece como elementos que tienen espíritu y sentido; que se com-

prenden y se aman; que se sienten vinculados y se buscan. Hasta en eso se revela el gran señor que no puede sentir la fraternidad con lo humano, porque no quiere que otros hombres intervengan en su vida. Huye de los hombres para que no rocen las riquezas del espíritu con sus pretendidas comprensiones; porque tiene el terror de los que sólo viven para penetrar en los otros, para hacerles perder el sentido de su soledad, el placer extraño del aislamiento, la intensidad de una vida interior que es menos rica cuando se exhibe o cuando la sorprenden ojos indiferentes.

No desprecia ni odia a los hombres: ama su propia soledad y siente frente a ellos pudor de exhibir su alma, de descubrir sus preocupaciones y debilidades, sus miserias y sus coloquios más íntimos. Frente a los animales y a las plantas no se siente al enemigo, y la actividad se exalta en plena euforia en una objetivación que toma por medio los seres que viven fuera de nosotros. Al penetrar el mundo exterior extiende su propio mundo. Gran señor sin desprecio ni odio, mantiene en su alma un secreto que sólo podía entregar en la intimidad comprensiva de la naturaleza; secreto que se entrevé en la objetividad imperturbable de sus narraciones, en sus cuentos terribles de impasibilidad, en la descripción indiferente de las vidas desgarradas.

III

La impasibilidad es dominio, señorío interior del que no quiere entregarse a los hombres para que juzguen su vida y la utilicen en las enconadas luchas de los espíritus pequeños. La confianza en sí mismo se revela al no buscar complicidad con las miserias de los hombres, ni la simpatía o el halago.

El hombre que así huye de las debilidades humanas, si escribe lo hace como un complemento necesario de la vida

misma; su pensamiento continúa la acción y no es un adorno que disfraza la intimidad espiritual.

Toda la obra de Quiroga es, así, la expresión de una ansiedad por la aventura; la concepción angustiosa de quien está dispuesto a jugarse la vida entregándose por entero al camino trazado. Es ese el secreto de sus actividades de hombre y de su producción de escritor; ahí puede encontrarse el vínculo que establece la unidad de la vida y de toda su obra, la confesión que no hizo, pero que se adivina en todo lo que fué y lo que escribió.

Cada época tiene sus aventureros reales y los que creen tener sus aventuras. Aquéllos ponen su destino en cualquier acontecimiento aún insignificante, y toda la vida está sujeta al fin que persiguen. Estos permanecen en un inalterable vacío interior, o porque falta la afirmación personal o porque se aniquilan en una desesperada inquietud sin objeto. En ambos casos necesitan de la magnitud del acontecimiento exterior para forjarse la idea de que algo han representado en lo real.

Los señoritos desocupados viajan para hacerse la idea de que descubren el mundo; los burgueses tranquilos se sienten Nemrods gloriosos al cazar con armas perfectas y aniquilar animales que no pueden crearles situaciones peligrosas. La imitación grotesca del hombre que se cree señor de la aventura y realiza solamente la concepción cómoda de un desocupado interior y exteriormente, hace pensar con tristeza en las energías destruidas sin inteligencia, con el fin de tener tema en tertulias amables o de representar una comedia. La aventura es concebida sólo como desplazamiento sin conmoción interior y sin que esté en juego el sentido de la vida o la vida misma.

En el otro extremo la inquietud impone el girar sin objeto, el cambio de escenario, el impulso sin dirección personal: la voluntad se convierte en una reacción frente a los acontecimientos externos, sin contralor íntimo. El hombre no tiene su dominio espiritual y sigue la primera imagen, cambia de aspecto exterior la vida, se encuentra siempre ante

nuevos acontecimientos; pero no se hace un solo esfuerzo porque el sentido de la vida salga de uno mismo, no se tiene la impresión de que la personalidad se juega totalmente al orientarse: falta la ciencia misma de la aventura que puede promover la angustia del espíritu.

No es, pues, el hecho exterior el que da valor a la aventura, porque los grandes acontecimientos exteriores pueden carecer de trascendencia como aventura interior. Además, lo que fué resultado de un esfuerzo colectivo realizado por agrupaciones humanas, careció de valor como actividad individual.

La fantasía agranda los viajes de Marco Polo y el valor del viajero que retorna del Oriente lejano trayendo fabulosas riquezas y narraciones extrañas. Pero la aventura de Marco Polo fué creada por la imaginación de los hombres. Los verdaderos aventureros fueron los primeros venecianos que se lanzaron a la conquista de nuevos mercados, desafiando los peligros reales o posibles, ante el azar y lo desconocido, y abrieron una nueva ruta por la que los otros, y el mismo Marco Polo entre ellos, viajaron después con la casi seguridad de no encontrar obstáculos, aunque tuvieran que soportar las incomodidades naturales de un largo viaje.

No tienen tampoco espíritu de aventura los hombres que en nuestra época aparecen como dirigiendo vastas empresas industriales u organizaciones de las que depende la suerte de la humanidad. En la realidad de los hechos, son hombres representativos, son sólo instrumentos de una institución que no han creado y que ni siquiera dominan, y siguen casi pasivamente la línea de conducta que el mismo medio social les traza.

Los hombres se imaginan que un rey del petróleo, o un dominador capitalista actual debe tener personalmente intensidad de vida; y les ve con gestos de esclavizadores contemplando indiferentes cómo el sudor y la sangre de los hombres van convirtiendo en oro el sufrimiento y la vida misma de obreros y víctimas de las explotaciones industriales. En la realidad, la organización va haciendo desapare-

cer el sentido de solución personal, y el director general es un buen burócrata que sólo ha ordenado algo inmediato: ha carecido de imaginación y de inteligencia para pensar que al ordenar una compra de acciones, o disponer una explotación comprometía la vida de hombres aniquilados para la satisfacción brutal de las necesidades industriales. Los jefes que dirigen ejércitos y matanzas, los gobernantes que tienen a merced suya a tantos pueblos, en la generalidad de los casos han transformado la solución de sus problemas vitales en elementos de burocracia o en abstracciones, faltando el riesgo de la decisión adoptada por el hombre que toma la aventura como índice de vida. En la acción colectiva se diluyen todas las actitudes personales, y las que más trascendencia pudieran tener en lo social, fueron insignificantes individualmente consideradas.

En Quiroga toda la actividad del espíritu estaba encauzada por el ansia de la aventura. No tiene seguramente la variedad de acontecimientos y de paisajes exteriores de Rudyard Kipling o Jack London. Estos han recorrido más mundo, han visto más tierras, han descripto climas, naturaleza, accidentes geográficos más variados: un mundo a través de los cuentos. Y, sin embargo, en Quiroga aparece más grande y más rica la naturaleza, casi no se siente la impresión de que es un lugar limitado el escenario de su experiencia. Es que en los otros la aventura estaba en el movimiento, y el viaje exterior era sólo un cambio de decorado en el cual jugaban su vida los hombres. En Quiroga toda la vida dependía de esa naturaleza, y la importancia del medio la daba la vida misma, arriesgada en una lucha, a la que había entregado de antemano todo para realizar la solución buscada.

Acontecimientos tan sencillos como la implantación de la destilación de naranjas, la adaptación al medio hostil de unas plantas exóticas, la formación de un jardín, aparecen arrastrando a la aventura vidas que toman eso como un fin trascendente y que se aniquilan como si estuviera en juego la suerte de la humanidad: una pequeña indus-

tria puede, así, exigir un riesgo vital, una concepción espiritual, un despliegue de energías, un amor a la aventura incomparablemente mayor que el de cualquier director de empresa capitalista que domine un continente, pero que se ha mecanizado en una actitud de cómodo ordenador de escritorio.

Todo depende, pues, de la vida interior y de tomar el pensamiento como riesgo supremo. Y si en Quiroga la naturaleza prestó un marco para el juego de la vida, en otros casos la aventura lleva a la tragedia sin cambiar de decorado. Así, en Kierkegaard, una preocupación religiosa del padre, en la obsesión del pecado, arrojó sobre la vida del hijo el peso de su melancolía, aniquilando la despreocupación de la infancia y arruinando su juventud; posteriormente toda su religiosidad se manifestaba en una trágica desesperación interior, en el abatimiento que lo apartaba de la normalidad de vida de los otros hombres. Para esa vida interior, llena de misticismo, de melancolía, de crisis, de tormentos íntimos, un acontecimiento que pudiera conmover hondamente su espíritu era siempre un hecho espiritual y no un cambio exterior. Pudo tener la vida más atormentada y más dramática, pudo considerarse presa de espantosa tristeza, sin que ninguna de las turbulencias espirituales fuera provocada por hechos que llegaran a impresionar a los otros hombres o que pudieran ser notados objetivamente, dentro de la mayor normalidad de vida corriente. La única medida de la intensidad de la aventura, está en lo que cada uno arriesga al tomar el camino: puede hacer el sacrificio supremo sólo por un pensamiento y sentir el riesgo excepcional de orientarse en un sentido que absorbe toda otra posibilidad de acción.

Quiroga tuvo también en su vida el ansia de la aventura que tomaba como eje de la actividad de su propio espíritu, y es ese sentido de su vida lo que da rara unidad a su obra. Es él mismo el hombre que no puede quedar reducido en su acción al marco de las actividades sencillas. El adolescente de hace cuarenta años regresa del viaje a Eu-

ropa, y trae la exaltación decadente, la lucha literaria en corrientes que escandalizaron, la subversión ruidosa que exhibió ante la cara espantada de los buenos burgueses; después, continúa como plantador del Chaco, medio explorador y medio colono; finalmente derrocha energías en las Misiones y en ensayos industriales, en fracasos de plantador. Se percibe el placer con que habla del hombre de la selva que maneja rudamente su machete, penetra en lugares donde otros hombres no han penetrado, y lucha por dominar esa naturaleza lujuriosa, siempre vencedora y que lo seducía a pesar de todo. Es la seducción que tienen para él todos los elementos que pueden presionar o poner en peligro al hombre: las animales que destruyen, su obsesión de las serpientes; y fuera de la naturaleza tropical el interés por fuerzas misteriosas. Entre las escenas de la selva y la concepción de los "Buques Suicidantes", de las fuerzas extrañas, de los rayos N¹, hay una íntima conexión; es siempre el mismo Quiroga, con experiencia diversa, que además ha tenido siempre en su vida la impresión de la muerte asediándolo en los hechos. Algo más que la voluntad humana aparece en el mundo, y vence a esa misma voluntad. Los hombres confían en su razón, pero esta es un juguete frente a fuerzas oscuras que la asaltan dominándola. Y no hay una construcción artificiosa, a lo Wells, de mundos imaginados; porque existe la convicción interior de que la concepción importa poco, lo esencial es que nuestro destino está en juego. Por eso, Quiroga aparece frecuentemente ingenuo en los temas extrahumanos; es que le ha traicionado su sentir y ha tenido sencillamente una confianza que por carecer de hábil concepción y no dirigirse a impresionar, da la sensación de demasiado pueril.

Una doble aventura: en el campo de la experiencia con su vida de hombre de las selvas, en el campo de los sueños con su extraña concepción de la vida y de sus zonas misteriosas; pero siempre la misma atracción por el esfuerzo y la intensidad vital, le hace poner todo en el riesgo espiritual que es, en el fondo, lo único que crea realmente el riesgo y que quita tranquilidad a las vidas. Los acon-

tecimientos exteriores acechan siempre para destruir los sueños de los hombres, pero carecen de importancia cuando no inquietan la vida interior; la grandeza no está fuera sino en el interior del hombre mismo. Viajero lleno de inquietud, ansioso buscador de aventuras, con la desesperación del cambio de paisajes, Jack London no da más impresión de penetración, ni de aventura que Quiroga, hombre de las Misiones; el gran señor impasible ha contemplado el más allá que estremece a los hombres, y ha retornado a la vida con la serenidad de esa experiencia extraordinaria.

Antonio M. Grompone.

HORACIO QUIROGA



Palabras pronunciadas al llegar a Montevideo la urna con las cenizas.

En representación de los escritores nacionales, tengo que decir algunas palabras sobre Horacio Quiroga, muerto ilustre, cuya obra, imponderable y de contenido infinito, lo ha llevado a la jerarquía cósmica de ciertos clásicos desencarnados.

Señores:

Este vaso misionero de cenizas en el centro de la noche, es ya un asunto de Quiroga.

Una sutil explicación da armonía — más que triste — misteriosa, a este homenaje.

Podríamos hablar — en este momento — de una melancolía nocturna apoteósica, como clave cerrante de un destino violento y sigiloso.

Horacio Quiroga es la maravilla mágica y trágica; la perfección aguda; el íntimo acierto que inviste de permanencia ligada a la palabra.

El hecho inesperado; el episodio selvático o astral; lo imprevisible y viviente, hacen “fijeza” buida y elástica en este escritor tan original que asombra.

No se puede afirmar que Quiroga sea una individualidad aislada, una zona cerrada en su hechizo mental.

Podemos decir — con sensible certeza — que su más auténtica filiación — la que da acento y sentido — es uruguayana.

Pero pertenece a una progenie de tipos de arte tan escasa, que muy pocos nombres se le pueden acercar en ese flúido de balanceo naciente donde se asoma la lámina espiritual de su expresión.

Gerardo de Nerval, Villiers de l'Isle Adam, Poe, Maeterlinck, Dunsany y algunos tremendos narradores rusos y judíos difíciles de "pescar" y discernir, denuncian su aire de familia, ofrecen su inusitado enfoque, su afición ensoñada y alucinada, el terror recóndito y vocacional.

Sin embargo, señores, yo creo que Quiroga viene de aquel ambiente desconocido y patético, que produjo el genio de un niño uruguayo que no ha podido todavía hallar acomodo en las antologías francesas ni en las novelorías fosforescentes de las mejores vanguardias: me refiero a Isidoro Luciano Ducasse, el fantástico Lautréamont a quien Remy de Gourmont y León Bloy hicieron entrar en la rueda de la psiquiatría sin darse cuenta de que el Conde maldito ya ni es un poeta, sino una fuerza metafísica metida en el arte para gritar — desnudo y frenético — verdades esenciales.

Quiroga integra — hipostáticamente — una luciferina trinidad con Lautréamont y Julio Herrera y Reissig.

Los tres accionan con un absoluto desenfado cósmico; manifiestan la misma desaprensión verbal y temática, y hacen del mundo un juego malabar — travieso, congajoso y trascendente — como ciertos demonios antiguos.

Desde muy joven nuestro Quiroga sintió una inevitable vocación hacia los casos complejos y las atmósferas espiritistas. Pero siempre con una intención de amargura finísima — imperceptiblemente trágica — que se acentuó hasta producir ese fondo de las insignificancias embalsantes que daban sostén necesario en el conocimiento de Leibniz.

Fué de los primeros iniciadores en nuestras capillas herméticas de arte.

En su Consistorio del Gay Saber — como en la Torre

de los Panoramas de Julio — se practicaron aquellos ejercicios sortilegiantes de la expresión y de la esencialidad que originaron nuestras permanentes corrientes de realización estética.

Ahora se puede crear sin acechanzas ni prevenciones, con la libertad interior de que cada uno se sienta capaz.

Estos valientes, de probado corazón lírico, héroes de la originalidad auténtica, lo sufrieron todo en sus tiempos de iniciación: el desdén, la burla, el empaque dogmático de aquellos patriarcas de los círculos literarios que no concebían un verso sin la reminiscencia obligada de los vates patibularios, mediocres y mal traducidos de ultramar, y que no podían admitir una prosa aérea y sublimada que se metiera en asuntos de ciencia, misterio y filosofía, pues la prosa — sentenciaban — era para describir y el verso para cantar. . .

Quiroga:

Conservaste siempre una pasión visible, dominante, *penitente* por dos cosas: la selva imantada y despertadora y la barba torrencial y poderosa que nos recordaba a Valle Inclán y daba a tu figura el prestigio de un sanyasi o de un misionero de indígenas invisibles.

Yo fui —en todo momento— un oído asombrado en el secreto equilibrio de tus cláusulas.

Nadie — en América — alcanzó tu parva maestría, tu asiento mágico.

Los grandes novelistas y narradores actuales del Norte y del Centro no consiguen la redondez vertida y extraña, el círculo perfecto de tu ingenio temerario y fijante.

¡Quién sabe qué coincidencia fusionadora empujó tus dramáticas andanzas a las selvas de Misiones para sentir — como una tregua salvadora — la absorción de una naturaleza hospitalaria y tremenda: pájaros, aguas, árboles, ofidios, fieras y mariposas. . . y lo que no se ve. . . lo que sólo

se escucha y hace bien a las almas que se juegan totalmente!

Acomodadora naturaleza: cuando te hundiste en ella, llevabas — como un zamarreo dostoiéwskyco — la locura de tus muertos.

Uno de ellos — el que te andaba siempre más cerca del pecho, el camarada de los años mozos — con la cara quebrada por una bala traidora, escapada de tus manos de santo del Greco o de Mestrovic.

¡Qué lucidez pavorosa no te habrá dado ese dolor, cuando, llevado por el arregosto exótico y la inclinación brujesca, pisaste la selva de Misiones, y percibiste — en las pausas ocultas de los grandes mano a mano — que, más allá de las tentaciones periódicas, hay una sosegante maternidad en los abismos de la naturaleza!

Eres el maestro lúcido de la narración esencial.

Nadie — en el Continente — ha hecho tus sondajes cómplices en el interior de las cosas; nadie ha escarmenado el lenguaje hasta animarlo en ejercicio de Incantación; nadie ha sutilizado tanto el moscardoneo psicológico.

Como todo artista cabal, empezaste con el verso — y tu elección fué ya la de la acuidad hiperestésica que había de agudizar tus magnéticos recursos expresivos.

Ascético y sentimental en lo más inasible; libre, INGRAVIDO, tu figura y tu arte no han de ser anulados con el fuego ni por el cambio de los tiempos.

Pedro Leandro Ipuche

A HORACIO QUIROGA

ORACION FUNEBRE

Horacio:

Siempre tuve delante de ti una especie de temor algo idólatra que jamás me permitió entrar en los límites del "tu", no obstante haber llegado en el transcurso de la vida a cohabitar esos albergues donde las almas se despojan de todos sus vestidos. Recuerdo cómo reías y te obstinabas en hacerme pasar de la tercera a la segunda persona. Nunca lo conseguiste porque era superior a mi esfuerzo el poder derrotar cierto reconocimiento de la jerarquía, cierta veneración paradigmática que me hiciste nacer desde la infancia. Ahora te sorprenderás de que haya roto aquel respeto pertinaz, pero este "tu" que hoy se atreve a salir de mis labios, ¡qué amargo es y qué lleno está de infinito y de desolación! Es el pronombre helado y sobrecogedor que se aplica a los seres cuya existencia sentimos misteriosamente parpadear más allá de la tremenda noche...

Tenías que suponer que hasta el último umbral sólo te acompañarían las cosas y los entes a los que diste lo mejor de tu savia en las frondosidades chaqueñas. Un séquito raro, fantástico, extraño como fué tu vida, formado por toda aquella grandiosidad salvaje —vahos, movimientos, clamores de las enormes selvas vírgenes— a la que, por prodigiosa alquimia, convertiste en espíritu. Un cortejo estrafalario e imponente que llegara marchando al son del silbido de las yaras, del runruno de los élitros, del aullar de las fieras en celo, del estruendo de las aguas desbordadas y los

follajes terriblemente sacudidos. Charanga desaforada de la naturaleza que iría dando el compás a una caravana oriente a la gleba, desarrapada, turbia, internacional, constituida de mensús encorvados por bárbaras fatigas, de alucinados por la fiebre del oro, de heroínas anónimas, de ex-hombres, a quienes la marea de la vida llevara en un último undular hasta las riberas del Alto Paraná. Todas las figuras de ese bajorrelieve pintoresco y tétrico que tú esculpiste y que será en todas las épocas orgullo del arte universal.

Obedeciendo al destino te habías hundido en el panorama selvático, no como un monje, por repulsión a los hombres, sino, al contrario, por sentirlos palpar en la verdad de sus rudezas elementales y en su animalidad casi desnuda. La sinceridad, que fué el más alto y constante de tus galardones, te llevó a buscar la profundidad del ser que no se encuentra en la urbe, ni siquiera en el villorrio, sino en el medio primitivo. Sabías bien que el arte grande no es ni mármol, ni verbo, ni primor, sino mirada, mirada que desciende a las entrañas de la vida y no se inmuta ante el tumulto de locura y tragedia, de montaña y abismo, de esplendor y sombra que late en ella.

Así pasaste delante de los que no pudieron penetrarte y sólo te juzgaron por la morfología aguda de tus huesos, la espesura cimarrona de tus barbas, la riscosidad de tus ademanes y la lealtad hirsuta de tus expresiones como alguien desposeído de todo sentimiento nazareno, encastillado en un yo árido como la peña. Pocos conocían qué manantial de ternura brotaba de esa piedra cuando la tocaba la vara mágica de la belleza o del amor.

Peró, en fin, Horacio: los hombres no tenían por qué indagar las diferencias y oposiciones que existían entre tu semblante y tu alma, no estaban obligados a conocer que los estimabas tanto en su masa como los despreciabas en sus partículas rutinarias, en sus ínfulas y diplomacias maquiavélicas. Debías, pues, esperar que sólo media docena de rostros reales, amén de los numerosos y mucho más eternos que animó tu extraordinario fiat creador, rodearían la mo-

desta urna depositaria de tus restos mortales que deseabas fuera entregada a la custodia de la selva tropical y en la que podía haberse grabado esta orgullosa inscripción: *Apártate, caminante; ceniza soy de soledades y quiero mi soledad.*

Imaginabas tus exequias como la de los desterrados: un gran dolor circunscripto a un pequeño montón de almas, un féretro que entre una atmósfera glacial apenas encuentra manos que lo lleven y ojos que lo lloren. Pero, eso sí, como el de los exilados que han de volver a ocupar un día un sitio definitivo entre las sombras históricas. Sí, presentías el advenimiento fatal de tu resurrección, el llegar de una era en que no podría dejarse de pronunciar tu nombre en ningún lugar de la tierra donde la cultura se arraigase. Estabas cierto de tu futuro como del fuego de tu vocación, mas ubicabas la aureola venidera muy a la distancia, en una lejanía ennoblecida por la pátina de numerosos lustros.

¡Cómo te equivocabas! He aquí que recién acabas de cerrar los ojos y ya por todos los caminos vienen los hombres y los honores a rodearte. Aún está caliente el polvo de tus huesos y ya los bronces eternos suenan a su lado. Aquellos pocos que debíamos conducirte a reposar de un existir tan frecuentemente visitado por el derrumbe y la fatalidad, no nos podemos encontrar. Hemos sido desalojados de nuestra primogenitura como de un bien que pertenece a todos y nos hallamos perdidos entre una inmensa multitud.

Por un momento, apartados del fragor y de los violentos incensarios, nos detenemos para pensar en ti. Quisiéramos escudriñar la expresión de tu semblante inmaterial, inquirir el efecto que te producirá este denso coro laudatorio, este súbito amor con que la patria te reclama. A veces nos parece que nos reprochas como aquellos a quienes se ha traicionado; otras presumimos verte conmovido y reconviniéndote a ti mismo al advertir que los hombres eran mucho más sensibles y justos de lo que te imaginabas.

De todos modos, bien lo ves, Horacio, no nos es dado elegir nuestro lugar ni en la vida ni en la muerte, y en ti

ha sido toda la culpa de tu grandeza. Imperan sobre los elegidos fuerzas que los llevan a ocupar, aun contra la propia voluntad, el sitio que los dioses les han determinado. Así venimos a dejarte en la ciudad natal. Sabemos, por el relato de uno de tus últimos e íntimos confidentes, que en tus postreras horas la recordabas con insistencia enternecida. El nos ha descrito el asombro patético que le causó esta efusión, porque sólo a la proximidad todavía inconsciente de la muerte, podía atribuir esas añoranzas en un alma cuyo cordaje sentimental permaneció habitualmente neutro a las emotividades de la oriundez. Tal vez no era eso, sino, simplemente, que comenzabas a franquear la ancianidad y volvías al primitivo lar porque está escrito que el viejo ha de tornar al niño. Y en ti apenas sería un regreso, porque al fin ¿qué fuiste durante toda la vida sino un niño abrasado por la fantasía ardiente y que parecía haber perdido el ángel de su guarda?

Estás en el recinto natal, Horacio, y en él te dejaremos. Por aquí no más, jugando con las guijas de los dos arroyos, bajo los naranjos, en los cercos de piedra, deben andar Inés, Teodora, Berenice, Antígona y María, las cinco niñas cuyos nombres, según me lo expresabas en lírica confianza, "eras tardío en pronunciar a fuerza de gustarlos como una gclosina". Podrás leerles como antes debajo del parral desde donde se divisa la palidez del río, y de noche pasearte con ellas bajo los paraísos que bordan las aceras, y en las tardes lluviosas soplarles de zaguán a zaguán besos sobre las manos.

¡Divinos idilios blancos! ¿Qué otra paz y otro cielo podemos desear para tu alma aquellos que conocimos su complejo romántico y apasionado? Sospecho que la inmortalidad, tan rápida en abrirte su pórtico como obstinada fué la dicha en cerrarte los suyos, sería para ti un nuevo hielo si no sintieras en ella el estremecimiento de una candorosa ternura humana.

¿No es así, Horacio? Ya me lo dirás... tal vez mañana... tal vez nunca...

José María Delgado.

LOS UNIVERSOS ISLAS

SEGUNDA PARTE

LAS NEBULOSAS EXTRAGALACTICAS

En el año 1922, J. C. Duncan notó en la nebulosa espiral del Triángulo tres puntos luminosos cuya intensidad fluctuaba de un modo sensible.

En 1925, el Dr. Edwin Hubble, que estudiaba aquella formación con el telescopio de 100 pulgadas de Monte Wilson, llegó a percibir en ella 47 variables que, por su curva de luminosidad, parecían corresponder al tipo de las cefeidas. Poco tiempo después descubrió 36 variables análogas en la nebulosa de Andrómeda.

Tanto en una formación como en la otra, las estrellas de Hubble son sumamente débiles: en la fase máxima alcanzan apenas a la 18ª magnitud; pero la variación del brillo se ajusta a la ley período-luminosidad formulada por Miss Leawitt en el año 1912.

Las cefeidas, que poco antes le habían permitido a Shapley delinear el sistema de los conglomerados globulares, iban a proporcionar nuevamente los datos necesarios para determinar las dimensiones del universo visible.

Por su intermedio Hubble calculó que la nebulosa del Triángulo (M-33) se halla a 850.000 años-luz de nosotros y la distancia heliocéntrica de la nebulosa de Andrómeda (M-31) es de 930.000 años-luz.

La determinación de los valores precedentes abrió una nueva época en el cálculo de distancias. Se observaron ceifeidas en otras espirales y fué posible determinar sus paralajes. Se notó luego que las estrellas más brillantes de cada formación tienen aproximadamente la misma magnitud absoluta (-6.1), y se halló un nuevo procedimiento de medida. Se llegó, finalmente, a comprobar que en muchos casos es posible efectuar una avaluación correcta de la distancia que nos separa de los sistemas irresolubles, comparando el brillo medio de ciertas regiones del astro con el que corresponde a regiones análogas en algunas nebulosas de distancia conocida, y se pudo obtener un conjunto de valores que hace muy pocos años hubiera parecido totalmente inalcanzable.

El resultado de las avaluaciones muestra que las nebulosas en espiral merecen realmente el nombre de sistemas extragalácticos con que frecuentemente se las designa. Todas sus distancias heliocéntricas están por encima de los valores que determinó Hubble para la M-33. Entre los sistemas espirales, la nebulosa del Triángulo parece ser nuestro vecino más próximo.

No estamos en presencia de astros que pertenezcan a nuestra comunidad galáctica. Se tiene ante el telescopio otros sistemas, independientes del nuestro y tal vez análogos a él, que brillan en las profundidades más remotas del espacio. Son los universos islas de Kant y de Herschell que se perfilan nítidamente en la inmensidad del cielo después de un siglo y medio de trabajos incesantes.

DISTINTAS CLASES DE NEBULOSAS REGULARES

Una masa gaseosa aislada en el espacio y desprovista de movimiento de rotación, toma la forma de una esfera por la atracción mutua de las partículas que la integran.

Si la masa está originariamente animada de una rotación lenta, su velocidad crece a medida que el gas se contrae

y el sistema giratorio pasa por una serie de formas elipsoidales de aplanamiento creciente.

Sin embargo, el elipsoide sólo se mantiene hasta una cierta velocidad. Sobrepasada ésta, se origina a lo largo de la región ecuatorial un reborde saliente, de gran curvatura, que se hace anguloso cuando la velocidad aumenta. El conjunto adquiere, entonces, la forma de una lente biconvexa.

Si llegada a este límite, aumenta todavía la velocidad de rotación, la masa gaseosa experimenta un cambio brusco: una parte de los materiales que la integran sale hacia el exterior por el borde anguloso y se distribuye en una lámina delgada a lo largo del plano ecuatorial.

Pero este sistema es poco estable. La capa de gases relativamente tenues, que el movimiento giratorio expulsó del núcleo, sufre fácilmente el efecto perturbador de los cuerpos vecinos. Basta una leve diferencia de atracción sobre los distintos puntos del astro para que emerjan dos corrientes de gases desde regiones opuestas del ecuador.

Al principio esas corrientes se mueven en sentido radial; pero la rotación del conjunto las envuelve muy pronto sobre el núcleo y da nacimiento a dos brazos espirales.

El proceso, una vez comenzado, continúa sin interrupción: a medida que la masa se mueve afluye más rápidamente a los brazos el material gaseoso del núcleo, que se aleja del centro y termina por condensarse en nubes de estrellas extraordinariamente dilatadas.



Las ideas de J. Jeans sobre la evolución de los sistemas galácticos —que se resumen en el párrafo anterior— no son, naturalmente, inobjetables. El proceso evolutivo postulado por él conduce a una sucesión de nebulosas de núcleo decreciente, con brazos de contenido y desarrollo cada vez mayores. Si es verdadero, las nebulosas elípticas y los núcleos de las espirales deben ser formaciones gaseosas y no agregados de estrellas. Tal vez se encuentre aquí la

pedra de toque que permita decidir en un futuro no lejano, sobre la mayor o menor validez de la teoría.

Hasta hoy las fórmulas de Jeans no han sido capaces de explicar la variedad de formas que presentan los brazos de las nebulosas en espiral y ello acusa una insuficiencia en los desarrollos. Se sostiene, además, que es tan difícil imaginar la existencia de la masa casi infinita de gases en estado caótico y con capacidad para evolucionar, en que el físico inglés apoya sus concepciones, como suponer la creación de un universo ejecutado ya en toda su perfección; pero no puede negarse la coincidencia impresionante que existe en las distintas formas a que conducen las ecuaciones y la serie de formas que las nebulosas regulares nos muestran a través del telescopio.



Un elipsoide de revolución cuyo eje se encuentra situado oblicuamente con respecto a la visual aparece ante el telescopio en forma de elipse. Si el sistema dirige uno de los polos hacia la tierra, el borde aparente adquiere una forma circular. Cuando el eje del elipsoide es normal a la línea de visión, el contorno acusa la forma real de los meridianos, es decir, muestra la elipse generatriz.

Los diferentes aspectos que toma un sistema según las posiciones en que se presenta, hacen que sea difícil establecer su forma real; pero como el número de nebulosas elípticas es elevado, existen siempre elipsoides en los distintos grados de evolución que muestran la forma verdadera de sus meridianos.

Hubble divide las nebulosas elípticas en siete tipos —de acuerdo con su excentricidad creciente —que se ajustan perfectamente al esquema de Jeans. En un extremo de la escala se agrupan las formaciones esféricas, las nebulosas globulares, como se las llama con frecuencia; en el otro se reúnen los sistemas elípticos de mayor excentricidad cuya región ecuatorial aparece ya deformada por el adelgazamiento que,

de acuerdo con la teoría, precede inmediatamente a la dispersión parcial de los materiales en el espacio. Son cuerpos con formas muy distintas, pero en que las superficies aparentan cierta regularidad y el brillo crece sin variaciones bruscas desde los bordes hasta el centro. Ello indicaría que no se ha producido aún la expulsión de los gases que transformará el sistema elíptico en una nebulosa espiral.



La influencia de la posición sobre el aspecto aparente es todavía más clara para las nebulosas espirales. Una espiral típica muestra su estructura verdadera cuando se presenta normalmente a nuestra vista, pero aparece tanto más elíptica cuanto más oblicuo sea su plano con respecto a la línea de visión. Si el ecuador está orientado hacia nosotros el sistema adquiere el aspecto de un huso o de una elipse alargada en que resulta difícil percibir indicios de su constitución real.

Teniendo principalmente en cuenta la forma de los brazos, Hubble divide estas nebulosas en dos tipos: espirales normales y barras en espiral.

En las primeras se nota casi siempre un núcleo central de aspecto lactescente y de forma más o menos esférica del que emergen, en puntos diametralmente opuestos, como exige la teoría, dos brazos espirales que algunas veces se bifurcan al separarse del núcleo. La forma de estos brazos no obedece a una ley general conocida. Según Von der Pahlen, en algunas nebulosas estudiadas por él se hallan espirales logarítmicas bastante exactas; pero esta forma bien definida abunda poco. Con frecuencia las curvas muestran hendeduras, puntos angulosos y discontinuidades incomprensibles.

Las barras en espiral (*barred spirals*) son formaciones, relativamente frecuentes, de núcleo circular y brazos rectilíneos, que H. D. Curtis llama de tipo Φ porque se asemejan algo a esta letra. En los extremos de los brazos se

advierten dos líneas brillantes, que forman parte de una corona circular vaga, y no siempre perceptible en todo su recorrido, que rodea el núcleo y es más o menos concéntrica con él. En ciertas ocasiones el núcleo es alargado y de sus extremos parten dos brazos luminosos que a cierta distancia se encorvan y dan vagamente al conjunto el aspecto de una S difusa, con la parte central más brillante. Frecuentemente los extremos de los brazos alcanzan la convexidad opuesta y la nebulosa toma el aspecto de un aro circular cruzado por un puente de luz que recuerda ligeramente la letra Θ . Hasta hoy se desconocen en absoluto el significado y la causa de estas formas extraordinarias.

El primero que delineó un sistema espiral fué Lord Rosse, en Inglaterra. Posteriormente los observatorios Lick, de Yerkes y de Monte Wilson han obtenido excelentes fotografías que permiten ver una cantidad asombrosa de detalles



Cuando una espiral se presenta de perfil no es posible determinar la forma de sus brazos. En cambio se comprueba fácilmente que la materia nebulosa se distribuye —como supone la teoría de Jeans— sobre el plano ecuatorial del astro. El conjunto toma el aspecto de un huso más o menos alargado, que ha valido a estos sistemas el nombre de nebulosas fusiformes.

Sobre las espirales de perfil se percibe casi siempre una banda oscura, que cruza de un lado a otro la superficie brillante, y la divide en dos partes tanto más simétricas, cuanto menor sea el ángulo que forma el ecuador con la dirección de los rayos visuales. Esta banda parece deberse a una nube gigantesca de polvo cósmico, de pequeñísimo diámetro, semejante a la que origina las zonas oscuras de la Vía Láctea, que se extiende sobre el plano ecuatorial en un anillo relativamente delgado.

Quizá sea el resto de las masas gaseosas que la rota-

ción del sistema arrojó hacia el exterior y por su poca densidad no pudieron condensarse en estrellas.

LA ESPIRAL DE ANDROMEDA

El mayor de todos los sistemas extragalácticos visibles parece ser la nebulosa de Andrómeda, que el astrónomo persa As Sufi descubrió en el siglo X como “una pequeña nube celeste” ya conocida por los árabes.

El primero que la observó en Europa fué Simón Marius, de Franconia: el 15 de diciembre de 1612 la percibió por medio de un antejo y la comparó con la llama de una bujía vista a través de una placa córnea.

Cuando se la observa con un aumento mediano aparece como una nebulosidad de forma elíptica, muy aplanada, cuya intensidad luminosa crece desde la periferia hasta el centro. Las buenas fotografías acusan claramente su estructura espiral e indican la existencia de un núcleo brillante, sensiblemente más luminoso que la región inmediata.

Con frecuencia se advierte en las placas que las regiones periféricas de la formación están compuestas por nubes enormes de estrellas pequeñísimas que parecen flotar en medio de una nebulosidad difusa. En cambio la parte central no presenta indicio alguno de resolución.

Su espectro es continuo y con líneas oscuras, muy semejante al que se obtiene en la observación del sol. Ello indicaría que estamos ante un verdadero sistema estelar, análogo a nuestra galaxia, y no simplemente ante una masa difusa de gases que se extienden en el espacio.

La desviación de las líneas espectrales hacia un lado y otro —como consecuencia del efecto Doppler— muestra que el conjunto está animado de una rotación rápida en torno del centro: según Parse las regiones que se hallan a 2' del núcleo alcanzan una velocidad de 58 kilómetros por segundo. La nebulosa requiere unos 19.000.000 de años para efectuar una revolución completa.

El movimiento de rotación permite calcular el peso total del sistema: según Hubble, es unos 3.500 millones de veces superior al de nuestro sol. Jeans considera ese valor erróneo por defecto.

En algunas fotografías tomadas por el observatorio del Monte Wilson aparecen varios espacios y filamentos negros que recuerdan las grietas y zonas oscuras de la Vía Láctea. Como en nuestra Galaxia, parecen existir en aquella formación grandes masas de materia nebular sombría que impiden la visión de las estrellas más lejanas.

Y para completar los detalles que presentan la espiral de Andrómeda como un sistema semejante a nuestra propia Galaxia, en el año 1932 descubrió Hubble unos ciento cuarenta cuerpos celestes, con aspecto de estrellas nebulosas, que parecen hallarse en las regiones periféricas del astro. distribuidos más o menos simétricamente con respecto al núcleo. Se estaría ante un grupo de conglomerados globulares, algo menores que los conglomerados galácticos pero de su misma coloración y estructura, que forman en torno de la espiral un sistema cuyo diámetro alcanza a unos 100.000 años-luz.

La nebulosa de Andrómeda es, entre los sistemas externos, un ejemplar gigantesco. Su diámetro mayor está comprendido entre 40 y 42.000 años de luz. Pero pese a sus dimensiones no parece estar completamente aislado de todos los restantes. Hacia uno y otro lado de la enorme espiral se perciben dos nebulosas elípticas más pequeñas, cuyo diámetro es del orden de un millar de años-luz, que aparentemente forman con aquella un sistema gravitacional y se mueven juntas en el espacio. La distancia de estas formaciones al núcleo principal es inferior a 20.000 años-luz.

NUESTRA GALAXIA, ¿ES UNA NEBULOSA ESPIRAL?

El estudio detenido de los sistemas extragalácticos y la determinación de sus distancias heliocéntricas han da-

do actualidad a las teorías que creen ver en nuestro propio sistema una nebulosa espiral.

En su forma primitiva, esta hipótesis fué formulada en el año 1900, por el astrónomo holandés Easton después de un estudio detenido sobre las variaciones de la intensidad luminosa en las distintas regiones de la Vía Láctea.

El sistema galáctico es, para Easton, una nebulosa espiral cuyo centro ocupa sensiblemente el sol. El núcleo de la espiral no coincide con el centro: se halla en la dirección del Cisne y aproximadamente en el punto medio de la distancia que nos separa de los bordes del sistema. El sol no se encuentra en el ecuador galáctico sino algo alejado hacia el norte y los brazos de la espiral no están exactamente en el mismo plano. Esto explica las irregularidades de la Vía Láctea, especialmente la región bifurcada que va desde el Cisne hasta el Centauro.



En el año 1928 F. H. Seares, del observatorio de Monte Wilson dió un nuevo impulso a la teoría de la galaxia espiral y la formuló de un modo más concreto:

El sistema de estrellas constituye una estructura espiraloide concéntrica con el sistema de los conglomerados globulares y algo menor que él. Es un enorme conjunto aplanado semejante a la nebulosa del Triángulo (M-33) pero más amplio. El diámetro de la espiral está comprendido entre 80 y 160.000 años-luz. Los conglomerados globulares forman a su alrededor un cortejo esferoidal menos plano, cuyo diámetro sobre el ecuador galáctico es de unos 200.000 años-luz.

El sistema de estrellas se compone de un núcleo central, que se encuentra en la dirección de Sagitario, una multitud de estrellas dispersas, distribuidas al azar, que rodean el núcleo y varias nubes estelares que se extienden sobre el plano principal de la Galaxia; nubes que, vistas des-

de afuera, deben tener un aspecto muy semejante a la serie de condensaciones exteriores que forman los brazos en la espiral del Triángulo.

En las proximidades del plano galáctico se encuentran una multitud de nebulosas brillantes difusas y varias nubes oscuras de polvo cósmico. Estas últimas ocultan parcialmente el núcleo principal y producen la grieta sombría que va desde el Cisne hasta el Centauro.

El sol forma parte de una nube alargada de estrellas que se halla en uno de los brazos de la espiral próximamente a mitad de camino entre el centro y el borde. El eje mayor de la nube local —que coincide con el plano galáctico— tiene, más o menos, una longitud de 7.000 años-luz y es perpendicular a la recta que une el núcleo central con el sol.

El conjunto rota en torno de un eje normal al ecuador galáctico, y a consecuencia de ese movimiento, la densidad estelar debe ser muy elevada hacia el centro, como ocurre en todas las nebulosas espirales.

Muchos astrónomos aceptan en la actualidad las ideas de Seares. Sin embargo, se les podría formular dos objeciones serias: en primer término tienen, hasta ahora, poco apoyo en los datos de observación directa; se fundan en una comparación con los sistemas exteriores, que no son todos espirales y hacen posible, por lo tanto, postular una distribución distinta. En segundo término nuestro sistema sería, por sus dimensiones, una excepción en el universo. El diámetro medio de las espirales extragalácticas es del orden de 5.000 años-luz. La nebulosa de Andrómeda, que es la más grande conocida, tiene un diámetro ocho veces mayor. El conjunto gigantesco de Seares podría alcanzar hasta 160.000 años-luz. Cuesta creer que nuestro pobre planeta forme parte de un sistema único en el espacio.

EL SISTEMA DE LOS CONGLOMERADOS ABIERTOS

El cálculo fotométrico de las paralajes ha dado hasta hoy dos resultados de suma importancia: primero, ha se-

parado definitivamente las nebulosas espirales del sistema galáctico, demostrando que éste constituye una unidad cuyas dimensiones y forma pueden investigarse y, segundo, ha establecido un límite superior para la Galaxia al delinear en el espacio el sistema de los conglomerados globulares.

Pero si bien se tiene el límite máximo del conjunto, se desconocen todavía sus dimensiones reales. La determinación de las distancias heliocéntricas para un número muy elevado de estrellas podría, quizá, precisar la forma y las dimensiones del sistema; pero, salvo algunos casos excepcionales, las paralajes de estrellas no se obtienen fácilmente, y las que se obtienen son siempre de las más próximas.

Hay sin embargo un conjunto limitado de formaciones cuyas distancias al sol pueden calcularse con relativa comodidad: son los conglomerados abiertos, que sin duda alguna forman parte del sistema galáctico donde aparecen, no sólo vinculados con las nubes de estrellas sino frecuentemente sumergidos en su interior.

Este cálculo fué emprendido independientemente por distintos observadores para algunos sistemas aislados; pero la determinación metódica de las paralajes extendidas al sistema total es obra casi exclusiva de R. J. Trumpler, astrónomo del observatorio de Lick.



En el año 1930 llegó Trumpler a tener un centenar de distancias calculadas y se halló en condiciones de bosquejar, de acuerdo con sus datos, el cuadro total de nuestra Galaxia. Su sistema coincide fundamentalmente con la hipótesis propuesta por Mac Laughlin, en el año 1922, que consideraba el conjunto de estrellas como una espiral, de diámetro mediano, situada excéntricamente con respecto al sistema de los conglomerados globulares:

Los conglomerados abiertos delinear en el espacio un disco aplanado que tiene unos 30.000 años-luz de diámetro y 3.000 de espesor. El plano principal de ese disco for-

ma un ángulo de 2° en el ecuador galáctico y su centro no está lejos del sol. El sistema de las nubes estelares se confunde con el de los conglomerados abiertos pero no es tan delgado como él: su espesor alcanza, quizá, a unos 7.000 años-luz. Visto desde el polo norte galáctico el conjunto de estrellas, nebulosas difusas, nebulosas oscuras y conglomerados abiertos debe aparecer como una espiral destrogira cuyo centro geométrico se halla a unos 50.000 años-luz del centro de los conglomerados globulares.



Para Seares, la Galaxia es una espiral concéntrica con el sistema de los conglomerados esféricos que tiene, por lo menos, 80.000 años-luz de diámetro. Para Trumpler, la espiral está situada en una posición excéntrica y su diámetro alcanzaría, cuando mucho a 30.000 años-luz. Ambos asimilan el conjunto a nebulosas del mismo tipo; pero los resultados que obtienen son completamente distintos.

Para trazar con precisión el cuadro de nuestra Galaxia, se requiere un estudio directo con las nubes estelares como el que realizan en este momento Harlow Shapley y sus colaboradores del Observatorio de Harvard. Pero ese estudio parece perfilar un sistema muy diferente del que se esperaba. Quizá haya que buscar el modelo de la Galaxia en organizaciones mucho más complejas que las simples nebulosas espirales.

LAS NEBULOSAS EXTRAGALACTICAS IRREGULARES

El polo austral está situado en una región del cielo tan pobre en estrellas que le hacía pensar a Humboldt en una marca devastada.

Hacia un lado del polo, sobre las constelaciones del Navío, de la Cruz y del Centauro se encuentra una zona de extraordinaria belleza: la Vía Láctea, que tiene su mayor ancho en el paralelo de 40° , se contrae al penetrar en esta zo-

na para dividirse luego en dos brazos de espesor variable y contornos irregulares, que al reunirse nuevamente en el Cisne, dibujan en el cielo una larga isla sombría.

Hacia el otro lado, la pobreza del campo estelar se acentúa. El sector limitado por el paralelo de 65° y los círculos horarios de Aries y de Cáncer, no contiene estrellas brillantes. Pero en esta región desmantelada, cuya oscuridad contrasta singularmente con las opulentas nubes estelares de la Vía Láctea, se perciben dos manchas de luz tenue, que por su propio aislamiento se destacan nítidamente en el cielo. Son las nubes de Magallanes en que Guillermo Herschell vió, hace medio siglo, "una sorprendente aglomeración de nebulosas irresolubles que producen una claridad general en el campo de visión y sirven de fondo brillante al conjunto de estrellas aisladas".

Según Shapley la nube mayor está a unos 86.000 años-luz de nosotros y su diámetro lineal medio alcanza a la décima parte de esa distancia. La nube menor está aún más lejos: la luz tardaría unos 95.000 años en llegarnos y 6.000 en atravesarla por completo. Tanto una como otra son de forma irregular y no presentan la simetría de rotación característica de los cuerpos extragalácticos.

El espectroscopio muestra que se alejan del sol. La velocidad radial es de 290 kilómetros por segundo para la nube mayor y de 170 para la menor.

Por sus caracteres físicos los dos conjuntos son muy semejantes entre sí. Ambos contienen gran cantidad de estrellas altamente luminosas, muchas nebulosas irregulares y varios conglomerados abiertos que se perciben sin dificultad. Cuando se las observa con aparatos poderosos se advierte en ellas la presencia de conglomerados globulares y se nota una profusión creciente de cuerpos celestes y análogos a los que se encuentran en nuestro propio sistema.



La semejanza física de las nubes de Magallanes con algunas regiones de la Vía Láctea y su alta velocidad de

alejamiento han hecho que se las considere como dos fragmentos desprendidos del sistema galáctico.

Para Shapley esa idea es insostenible: el estudio de los cuerpos que integran aquellas formaciones y su semejanza con otros conjuntos exteriores, muestran que no estamos ante girones de la Galaxia, sino frente a sistemas individuales perfectamente deslindados de las nubes estelares que componen la Vía Láctea. Ellas constituyen los ejemplares más próximos de un tipo común de nebulosas extragalácticas irregulares que se perciben frecuentemente en el espacio alternadas con los sistemas en espiral.



El vínculo que enlaza a las nubes de Magallanes con las galaxias regulares externas, es un cuerpo vago que Barnard percibió en la constelación de Sagitario el año 1884. Con un telescopio de poco diámetro aparece como un girón nebuloso, alargado y muy débil. En el catálogo general de Harvard, lleva el número 6822 y la descripción siguiente: "vF, L, E, dif." que significa "muy débil, grande, extendido y difuso". (1)

Barnard no advirtió en él indicio alguno de estructura estelar, ni sospechó que estaba ante un verdadero universo, pero los estudios realizados posteriormente demostraron que contiene una gran cantidad de estrellas y varias nebulosas brillantes.

En el año 1923 Shapley calculó que el N. G. C. 6822 está a 800.000 años-luz de nosotros; pero esta estimación, fundada en el brillo aparente de las estrellas gigantes parece exagerada. En 1925 Hubble obtuvo un resultado más seguro por el estudio fotométrico de algunas cefeidas y fijó la distancia heliocéntrica del astro en 625.000 años-luz.

Dejando de lado las nubes de Magallanes, que Shapley considera como galaxias internas, el N. G. C. 6822 parece

(1) Very faint, large, extended, diffuse.

ser el sistema extragaláctico más próximo a nosotros. Su diámetro alcanza a 3.600 años-luz y ello indica que se trata de un conjunto equiparable por sus dimensiones a muchas nebulosas espirales. Existe, pues, en el espacio un tipo particular de formaciones irregulares que es preciso tener en cuenta cuando se quiere formular una clasificación correcta de los sistemas exteriores.

No se trata de un astro único. En algunas regiones del cielo estudiadas por los observatorios de Harvard y de Monte Wilson se ha comprobado que el número de cuerpos irregulares está entre un 3 y un 4 % del total de nebulosas de la zona. Si esta proporción se mantiene hay actualmente al alcance de los telescopios entre 6 y 8.000 nubes magallánicas semejantes a las que lucen en el cielo austral. Casi todas son tan remotas que no pueden resolverse en estrellas individuales pero existen pocas dudas con respecto a su composición estelar.

LAS SUPERGALAXIAS

Aún cuando las nubes de Magallanes sean organizaciones especiales que no forman parte de nuestro sistema de estrellas deben estar ligadas gravitacionalmente a él. Quizá formen con él un sistema múltiple.

Hasta hace muy pocos años no se pensaba en la existencia de esos sistemas, pero los últimos descubrimientos parecen ponerlos cada día más de manifiesto. En la actualidad se cree, casi unánimemente, que la espiral de Andrómeda forma un sistema gravitacional triple con las dos pequeñas nebulosas elípticas que se perciben hacia uno y otro lado de la formación.

Y este grupo no es una excepción: entre las nebulosas brillantes se ven decenas de sistemas dobles o múltiples y entre las formaciones más débiles su número se cuenta por centenares. No se trata de un efecto de perspectiva; existen indudablemente muchas aproximaciones ópticas pero la exis-

tencia de sistemas físicos es común y según Shapley, de profunda significación en el esquema del mundo.



El 23 de setiembre de 1876 descubrió Stephan en la constelación de Pegaso un grupo formado por cuatro nebulosas débiles que parecían situadas en las profundidades más remotas del espacio. Observaciones posteriores mostraron que una de las nebulosas es en realidad doble —con lo cual el número de las componentes se elevó a cinco— y permitieron determinar sus características. El quinteto está formado por una nebulosa elíptica, una espiral de tipo intermedio y tres barras en espiral. Su distancia heliocéntrica es de 16.000.000 de años-luz. El diámetro de las componentes oscila entre 3.000 y 8.000 años.

En las buenas fotografías se percibe, hacia el norte del grupo una nebulosidad tenue que acusa la existencia de un campo de estrellas dispersas.

Todo induce a creer que el quinteto de Stephan es un conjunto gravitacional, parcialmente desarticulado por las perturbaciones que necesariamente han debido producirse entre esas cinco galaxias, que hace millones de años se mueven en el espacio en torno de un centro común de gravedad.



La tendencia de las galaxias a reunirse gravitacionalmente no da origen, tan sólo, a la formación de grupos poco numerosos: engendra una variedad extraordinaria de organizaciones, algunas de ellas muy complejas.

El año 1901 descubrió Max Wolf en la Cabellera de Berenice un conjunto de nebulosas extragalácticas con más de 800 ejemplares que ocupa en el cielo una pequeña región de 1° 40' de diámetro. En 1905 el mismo observador advirtió en Perseo la existencia de otro conglomerado análogo, que reúne cerca de 500 miembros en una zona cuyo diámetro es apenas de 2° Varias agrupaciones importantes de

igual naturaleza se hallan en Cáncer, La Osa Mayor, El León y El Centauro.

Por largo tiempo estos grupos se consideraron como sistemas ópticos; pero las investigaciones realizadas por el Dr. Shapley y la señorita Ames, sobre un conjunto de galaxias situado entre la Virgen y la Cabellera de Berenice, han puesto en evidencia una semejanza tan grande entre los astros que lo integran, que ambos observadores debieron considerarlo necesariamente como un sistema físico. Es una organización gigantesca, cuyo diámetro tiene varios millones de años-luz, que contiene por los menos 500 nebulosas distintas. Nuestra distancia al centro del sistema es de 11.000.000 de años. El diámetro de sus componentes está comprendido entre 1.000 y 20.000 años; la mayor parte entre 5 y 7.000.

Un análisis detenido de esta región permitió descubrir otros cinco grupos remotos, situados más allá de la nube de galaxias brillantes, cuyas distancias heliocéntricas son del orden de 100.000.000 de años-luz, pero que probablemente, por su estructura y contenido, difieren muy poco del conglomerado más próximo.

Las observaciones de Wolf, Hubble, Lundmark, Curtis, Boade, etc. han puesto en evidencia hasta la fecha unos 50 conglomerados de galaxias externas. Algunos son mucho más poblados que la nube situada entre la Virgen y la Cabellera de Berenice; otros son sensiblemente más pobres.

Esas observaciones nos ponen frente a una organización inesperada de los sistemas externos. Ellos, como las estrellas, tienden a reunirse en grupos gravitacionales de dimensiones gigantescas. Los sistemas poco numerosos serían, en una escala mucho más amplia, la organización correspondiente a las estrellas múltiples. Como contraparte de los conglomerados estelares esféricos o difusos se tendrían las grandes nubes de galaxias; las supergalaxias como las llama Shapley.

EL SISTEMA LOCAL.

En el año 1784, Guillermo Herschell creyó haber comprobado la forma discoidal de nuestra Galaxia y buscó en el Universo un sistema que le sirviera de modelo para el cuadro que se proponía trazar. La búsqueda no fué larga ni difícil; frente a su telescopio aparecían centenares de nebulosas externas que, si bien no podían descomponerse en estrellas, debían ser en realidad sistemas estelares —perdidos en las profundidades del espacio— que adquirirían, por su enorme distancia, un aspecto nebuloso y vago. La Galaxia, todavía mal delineada, se proyectaba en el cielo para crear los universos islas.

En el año 1845, Lord Rosse dirigió a la constelación de los Lebreles su reflector de 1 mt. 80 de diámetro y se quedó maravillado ante el espectáculo que se ofrecía a su vista. El espejo reflejaba una extraordinaria forma espiral, cuya existencia en el espacio no se había siquiera sospechado hasta entonces.

Transcurrió medio siglo. Las nebulosas espirales no aparecían ya como casos de excepción. La fotografía, que a partir de 1889 se aplicaba sistemáticamente a las observaciones astronómicas, tendía a presentar la espiral como una forma típica de los sistemas externos. En el año 1900 Easton postuló la Galaxia espiral. El sistema de Herschell, reflejado en el cielo, volvía hacia la tierra con una forma nueva para imponer su estilo a la organización galáctica.



Las observaciones de estos últimos años muestran que las nebulosas externas tienden frecuentemente a formar sistemas gravitacionales. En el espacio se perfila un modelo nuevo y más amplio para nuestra comunidad galáctica. El conjunto de estrellas que nos rodea ¿será realmente una espiral única o un grupo de nebulosas independientes entre

sí? Nuestro sol ¿no formará parte de un sistema reducido, que integra la Galaxia, con otros sistemas análogos?

El primero que sospechó la existencia de un sistema estelar de dimensiones reducidas fué John Herschell. Poco después Benjamín Gould llegó al mismo resultado, como consecuencia de sus estudios sobre la distribución aparente de las estrellas visibles a simple vista.

El sistema local está compuesto, para Gould, por unas 400 estrellas, comprendidas entre la primera y la séptima magnitud, que forman un conglomerado relativamente plano, cuyo centro no coincide exactamente con el sol. El ecuador del sistema, que difiere poco de un círculo máximo, abre un ángulo de 19° con el ecuador galáctico. La intersección de ambos es una recta que va desde la constelación de Casiopea hasta la Cruz del Sur.

El plano medio del sistema local se acusa en la esfera celeste por una serie de estrellas brillantes, distribuidas a lo largo de una faja delgada que se llama, generalmente, "el cinturón de Gould". Las estrellas más luminosas del cielo parecen estar regularmente repartidas hacia uno y otro lado de aquel plano, en lugar de presentar la distribución simétrica con respecto al ecuador galáctico que ponen en evidencia los astros débiles.



Las investigaciones realizadas por Charlier, en el año 1916, sobre las estrellas brillantes de la clase B —estrellas de helio— indicaron la existencia de un sistema local más amplio y mejor deslindado que el de Gould: es un conglomerado lenticular, cuyo plano medio abre un ángulo de 12° con el ecuador galáctico. Su diámetro principal alcanza a 5.000 años luz; el secundario tiene unos 1.500. El centro se halla en la dirección del Navío, a unos 300 años luz de nosotros. El sol no está exactamente en el plano ecuatorial del sistema, sino desplazado unos 60 años hacia el norte.

Cuando el estudio de las estrellas de helio se llevó has-

ta las magnitudes más débiles, se notó que el plano de simetría tendía cada vez más a confundirse con el ecuador galáctico. Hay, pues, en el espacio una doble distribución estelar: mientras que las estrellas débiles se agrupan hacia la línea media de la Vía Láctea, las brillantes se reparten simétricamente con respecto a un plano que forma un ángulo de 12° con el ecuador galáctico.

En el año 1928, F. H. Seares contribuyó a deslindar el conglomerado local, efectuando recuentos a lo largo de la Vía Láctea. Cuando llevó el cómputo hasta la 18^{a} magnitud, advirtió que la máxima densidad estelar le correspondía a una región situada en la constelación de Sagitario, a los 325° de longitud galáctica, exactamente la dirección en que se encuentra, según Shapley, el centro de los conglomerados globulares. Limitando los recuentos a la 17^{a} o a la 16^{a} magnitud, la zona de acumulación máxima se corre hacia el sur. Finalmente cuando sólo se incluyen en la determinación las estrellas perceptibles a simple vista, el punto de máxima densidad cae en el Navío, sobre el Casco, a los 235° de longitud. Es la dirección en que se halla el centro del sistema que, según Charlier, forman las estrellas brillantes de la clase B.



Pero el sistema local ¿es un sistema dinámico o el resultado de una distribución de las estrellas al azar?

Hace algunos años Newcomb demostró que la ordenación de estrellas brillantes puede deberse a la casualidad. Sin embargo, Shapley sostiene que estamos en presencia de un sistema gravitacional, de una verdadera galaxia como las que nos muestra el telescopio en las profundidades del espacio. La observación detenida de los movimientos estelares tiende, cada día más, a comprobar esta hipótesis. Tal como aparece hoy, el sistema local es un conglomerado de estrellas cuyo plano principal forma un ángulo de 12° con el ecuador galáctico. La posición de ese plano está marcada

en el cielo por un cinturón angosto de estrellas brillantes que se extiende sobre las constelaciones del Can Mayor, El Toro, Casiopea, El Cisne, La Lira y Escorpión. El diámetro del conjunto es de unos 7.000 años luz; pero quizá puedan encontrarse algunos de sus miembros dispersos hasta los 10.000 años luz del centro.

No se tienen ideas precisas sobre la forma del conglomerado: se ha supuesto que es una nebulosa esferoidal, pero podría igualmente ser una espiral típica o una formación irregular y rota como las nubes de Magallanes. En cualquier caso sus dimensiones lo asemejan extraordinariamente a las galaxias externas.

La distancia heliocéntrica de las nubes oscuras que se perciben en el cielo oscila entre 1.000 y 2.000 años luz. Es muy probable que ellas formen parte del sistema local, cuyo ecuador siguen en una extensión considerable de su recorrido. Vista desde un punto lejano, deben aparecer como esas bandas sombrías que se perciben con frecuencia en las nebulosas espirales cuando se presentan de perfil.

La observación de los sistemas externos y el movimiento de las estrellas de alta velocidad, próximas al sol, indican que el conglomerado local se mueve, a razón de unos 300 kilómetros por segundo, hacia un punto del hemisferio norte situado en la constelación del Cisne. Quizá este movimiento tenga su origen en una rotación general de la Galaxia al rededor de su centro.

LA GALAXIA DE SHAPLEY

La Vía Láctea no es una zona de contornos regulares y brillo uniforme, sino un conjunto de regiones luminosas, de diferente intensidad y ancho variable, que se escalonan a lo largo de un círculo máximo y forman una banda irregular de materia brillante que —según Herschell— parece “lanzada sobre el cielo unas veces a manos llenas, otras semivacías”.

Vistas a través del telescopio, las distintas regiones no presentan una densidad constante. Mientras que algunos grupos estelares se disuelven fácilmente otros son impenetrables, aún para los mejores instrumentos, y aparecen como nubes luminosas formadas por millares de estrellas que se destacan vagamente sobre un fondo difuso, de brillo casi regular. Con frecuencia las nubes estelares se interrumpen de un modo brusco y en el campo de observación se notan regiones oscuras en cuyo interior brillan algunas estrellas aisladas.



¿Si las nubes de Magallanes estuviesen próximas al ecuador galáctico —se pregunta Shapley— podríamos distinguirlas claramente de las otras nubes que contribuyen a dar su aspecto a la Vía Láctea?

¿Pensaríamos, entonces, que son fragmentos desprendidos de nuestro propio sistema?

¿Y no podríamos suponer que algunos conjuntos de estrellas, vagamente delineadas en el cielo, son en realidad sistemas discretos comparables con las nubes de Magallanes?

El estudio de las estrellas de alta luminosidad, de las cefeidas variables, de los conglomerados abiertos y de las novae, ha permitido deslindar ligeramente algunas nubes estelares en el espacio: así, las estrellas que forman el fondo brillante en El Escudo, parecen pertenecer a una organización única que tiene unos 1.500 años-luz de diámetro. Los campos densos de estrellas débiles de Sagitario, están probablemente comprendidos en otro sistema análogo —malamente cortado por la nebulosidad oscura que lo atraviesa— cuyo diámetro alcanza a unos 30 ó 40 mil años-luz. Sería un sistema mucho mayor que las nubes de Magallanes y que el tipo medio de las galaxias externas, pero menor que la espiral de Andrómeda o que los miembros gigantes de algún conglomerado remoto.

No sabemos todavía cuántas agrupaciones distintas in-



tegran la Galaxia. En realidad, ni siquiera sabemos si hay muchas nubes separadas. Quizá la mayor parte de las divisiones que percibimos sea sólo aparente y resulte como consecuencia de los límites que las nebulosas oscuras imponen a la materia brillante. La medida de distancias está en sus comienzos y pasarán varios años sin que podamos bosquejar claramente nuestro propio sistema. Pero no es aventurado sostener que las nubes de estrellas deben ser semejantes a las galaxias externas por sus dimensiones y por su contenido. Quizá como ellas, y como el conglomerado local, sean verdaderas unidades dinámicas que se mueven rápidamente a través del espacio.



El conjunto de estrellas que nos rodea no puede ser una nebulosa espiral simple, porque sus dimensiones harían de él un sistema excepcional en el universo visible. Cada una de las unidades que lo integran es por sí sola tan amplia como las galaxias externas.

Mejor que isla, el sistema galáctico debe ser archipiélago. No lo forma una nebulosa aislada; es un conjunto de nebulosas que tal vez podría compararse con el quinteto de Pegaso. Un observador lejano vería en nuestro sistema, como en aquel grupo remoto, una serie de galaxias deformadas por sus acciones mutuas, que se mueven eternamente en un campo de estrellas dispersas. Si la distancia no fuera demasiado grande podría percibirse en los brazos de las espirales varios centenares de núcleos secundarios, parcialmente disociados, que llamamos conglomerados abiertos (1). Y hacia el exterior, un conjunto esferoidal de nebulosas regulares, que perdieron la mayor parte de su población en los encuentros con otras galaxias, o por la influencia de las masas interiores, y quedaron reducidas a un sistema de conglomerados esféricos.

Pero nosotros miramos la Galaxia desde adentro y

(1) Shapley cree actualmente que los conglomerados abiertos no provienen de los esféricos. Si estos últimos sólo se perciben fuera de la Vía Láctea es porque los ocultan las nubes oscuras que se extienden sobre el plano galáctico.

somos incapaces de precisar su forma. Conocemos la de muchos sistemas externos, pero ignoramos la de nuestro sistema.

En estos últimos años los observatorios del mundo se han dedicado entusiastamente a la caza de galaxias. Cuanto más lejana se lleva la observación tanto más rico aparece el campo. Actualmente se cuentan las distancias por centenares de millones de años-luz. Pero la caza de galaxias —dice Shapley— tendría que comenzar en nuestra propia morada.

G. R. Amorín



EDUCACION

SOBRE ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

Si intentamos analizar las causas que llevan al hombre a la creación artística que se dice desinteresada, no podremos hallarlas ni definidas ni seguras. Sócrates, en el diálogo de "El alma y la danza", de Paul Valéry, pregunta: "¿Conoces un remedio específico para el mal de los males... el tedio de vivir?" "A lo sumo, algo que le es contrario: la embriaguez", le responde Erixímaco. La embriaguez llegaría así, ocupando un vacío, en alivio de la nostalgia de vida esencial que siente toda alma profunda sojuzgada bajo el peso del vivir cotidiano. La actividad creadora frecuentemente se manifiesta bajo forma de una especie de embriaguez, no sólo porque suele aliviar "el mal de los males", sino por el fervor y la conmoción que se poseionan del creador y porque ella representa, por encima de la realidad común, una visión nueva y personal del mundo.

La cultura, en general, y la literatura, en particular, parecen ser el resultado de la aspiración del hombre a un más alto vivir, o uno de los modos de satisfacer o aplacar la inquietud humana, en la grandeza, la trascendencia, la profundidad o, en el menor de los casos, en la ornamentalidad. Su origen parece estar, a veces, en la disconformidad esencial con la vida o con el estado actual de la humanidad, o en el anhelo natural y espontáneo del espíritu que siente, con arrebató, la alegría de vivir, de sentir, de estar o de ser, y el deseo de manifestarlo bajo las formas del arte.

Toda creación artística puede, desde luego, y hasta debe, en muchos casos, encarnar ciertos valores extra artísticos ya permanentes, ya circunstanciales, o asumir su defensa. Pero no por ello deja de ser legítimamente artística; antes, al contrario, tiende a acrecer su potencialidad espiritual, su carácter universal y perenne. Sin embargo, es preciso no dejarse presionar por esa posibilidad y ese enriquecimiento espiritual que puede comportar la "obra de tesis". Aun en esos casos, sondeada a fondo la índole de la creación artística, pone de manifiesto que, si bien "nada de lo humano le es ajeno", ella no se agota en ninguna misión ni se reduce a ella: la desborda y supera por grandiosa que sea. Por su íntima esencia posee una autonomía irreductible. El arte con misión humana, o el arte de tesis, es un arte aplicado, es decir, un arte usado para otra cosa y, por ello, corre el riesgo de tornarse subalterno.

No corresponde instaurar una oposición entre la finalidad puramente artística y todas las otras posibles; toda oposición debe, *a priori*, ser tachada de falsa oposición. Más aún: no sólo eso, sino que, por lo contrario, el artista debe dejar abierta la posibilidad de que se realice una fusión de todos los temas, asumiendo el arte todos los propósitos y contenidos posibles. Pero aquella plasticidad infinita del arte, que no sólo le consiente asumir todo tema, sino beneficiarse con un engrandecimiento proporcionado a la magnitud del asunto, no le enajena su autonomía ni su jerarquía superiores.

Aun en los casos en que la producción artística se realiza viciada en su origen por la impureza de móviles no totalmente superiores, aún en esos casos, el acto creador arrebató el alma por encima del tono familiar de la vida, y el resultado de la creación artística aporta a la humanidad un grado superior de existencia.

La actividad creadora, como se sabe, supera el plano del vivir consuetudinario, y la tensión que produce hace tocar cimas que la misma conciencia del artista podría considerar irreales, ateniéndose a sus manifestaciones cotidianas. Algo

“demoníaco” se agita allí, atrae las potencias y las hace superarse.

Y si examinamos los modos que se han dado de considerar la actividad creadora por los más esclarecidos espíritus modernos, desde Kant en adelante, a través de Schiller, Schelling, Fichte, Goethe, Hegel, Novalis, Rilke y tantos otros, hallamos que armonizan en coincidencias fundamentales. Es verdad que difieren, como corresponde a tan riquísimas personalidades y a tan arduo tema, en que, por ejemplo (y me aventuro a un muy osado esquematizar) para Kant es la actividad armoniosa de todas las funciones mentales; para Schiller, el desarrollo en libertad, de la persona; para Fichte, el juego simultáneo del *yo* y del *no-yo*; para Hegel la que desprende la verdad de las formas ilusorias, etc. Lo que hay de irreductible en las concepciones de tan eminentes espíritus, indica, quizá, también, la imposibilidad de concluir la constitución de una ciencia del arte. Pero, sin embargo, todos parecen coincidir en considerar a las actividades creadoras, como actividades del espíritu, independientes de la percepción utilitaria y del pensamiento lógico y que confieren a la existencia un alto grado de valor, y alcanzan su función de expresividad sólo bajo forma figurativa o simbólica. Surge, pues, el arte, por objetivo que sea, del oleaje indefinible, inverificable, de la huidiza intimidad.

Siempre hay acotaciones y tentativas de aproximación con las que puede y debe intentarse aprehender los dinámicos creadores y las significaciones de cada creación. Pero, por lo menos respecto de las obras y de las vidas realmente grandes, llega siempre un instante en que toda producción, cuanto más se la logre comprender simpáticamente, más pone en inmediatez con esencias inaprehensibles. Ellas nos fuerzan a reconocer que sólo puede existir una “ciencia negativa” que indique lo que no es el arte.

Además, son esencialmente ilimitables las causas y las posibilidades de creación dentro de cada individualidad; y agréguese a esto, la multiplicidad de las individualidades,

porque (esto sí, se sabe) todo ser humano lleva en lo más profundo, las posibilidades de realizarse en más alto destino.

Por todo lo antedicho se verá cómo es preciso desvanecer la esperanza de hallar un método, es decir, un conjunto estable de preceptos definibles para la captación, no sólo del mecanismo, o, mejor dicho, de los dinamismos de la actividad creadora, sino, también, de sus manifestaciones. Más aún: ello nos previene contra la excesiva formulación sugiriendo que ella suele emanar de un desfallecimiento de la comprensión artística.

Y si tal dificultad se ofrece sólo para la profundización de las obras de arte, cuyo estudio indican los programas de Literatura, mayores dificultades aún habría para hallar un acabado método que permitiera transmitir a los alumnos, de modo regular y definido, el resultado de esa profundización, si eso correspondiese, o para transmitirles modos regulares y definidos de hallarla por sí sólo.

Entre las enunciaciones más precisas estaría la de que la enseñanza de la Literatura se hace por intermedio de un asiduo participar en el mundo de la admiración y del reconocimiento hacia los grandes. Ellos integran una humanidad de alta jerarquía y ejemplaridad. Más allá de las diferencias que originan diversos factores, artificiales o humanos, esa aristocracia legítima, inocente, significa la diferencia necesaria, la que engendra los más altos valores. Es la cordillera de los héroes, en el sentido de Carlyle, que atraen, levantan y fecundan.

Si todo lo antedicho contiene algo acertado, toda regla precisa tiene sentido sólo mediante un previo descenso a un plano muy subalterno que, por ser muy aparentemente práctico, es lo único que suele solicitar la atención de las metodologías de la enseñanza de la Literatura. Así, si no es posible, sin peligro de desnaturalizar, establecer un método muy definido y regular para la profundización de las obras de arte y para lo más importante en la enseñanza, la transmisión del resultado de ésta, o para engendrar capacidad de profundización, se puede, sí, hacer observaciones generales

cuyo cumplimiento puede cooperar a la mayor eficacia de la enseñanza. Por elementales y de buen sentido, sólo me limitaré a enumerarlas pero sin temor de exagerar la expresión de su dignidad secundaria. Me refiero, pues, a la necesidad de acudir lo más posible a las fuentes (lo que, si bien parecería obvio expresarlo y es un lugar común de la enseñanza, suele, con harta frecuencia, no ser preocupación fundamental de muchos profesores); a la de hacer lecturas en clase con todas las explicaciones que corresponden, vivificando los temas, despertando inquietudes, intentando levantar los planos de vida. Difícil es cuidar que el exceso de claridad no se dé sacrificando, esquematizando el valor de las creaciones o el sentido de la vida de los creadores. Cabe referirse, también, a la necesidad de la vinculación con lo contemporáneo y lo vivo. Asimismo al cuidado de no hacer descender la enseñanza a lo puramente retórico o gramatical; demasiado sabido es, pero no por ello menos olvidado, que la preocupación por los valores tales como el enriquecimiento del lenguaje, vocabulario, redacción, ortografía, etc., cuando se da, separadamente, como un fin, corre el riesgo de hacer perder hasta la belleza misma de la forma, esteriliza la operación de las influencias espirituales más importantes, sin lograr, por su propio carácter de búsqueda abstracta, inerte, esas mismas finalidades concretas y modestas, además de enajenarse, gratuitamente, el propio interés del estudiante. Nunca se insistirá demasiado en que esas finalidades secundarias son mejor logradas, precisamente, cuando no se las persigue en sí, por separado, sino cuando se las hace transmitir absorbidas por la corriente del contenido espiritual.

Pero es conveniente no olvidar que, si dentro del arte, pese a muchos teóricos de la crítica, estilo Taine, parece no poderse aplicar un método científico, se puede, sin embargo, aplicar mucho de los métodos científicos.

Sabido es que Ciencia y Arte coinciden, al menos, en que ambos prescinden de la percepción utilitaria; pero difieren, sobre todo, en que el Arte crea en su lugar, una re-

presentación estética y la Ciencia, un universo de abstracciones, de símbolos racionales. Si parece bastante cierto que la Ciencia orienta la atención hacia el mundo cuantitativo, en cambio no cabe duda de que el Arte, sin perjuicio de dejar abierto el problema de lo que a su respecto se ignora y controvierte, lo hace hacia el individual, y, dentro de éste, hacia la cualidad afectiva, particularmente intelectual y sensible. Aquélla, la ciencia, está limitada por lo que llamamos objetividad, por el número, por nociones rigurosas, únicas y relaciones fijas e inevitables, que se pueden verificar en el universo. Hay dificultad de aplicar un método científico similar aun en aquello que acerca a estos dos mundos. Arte y Ciencia, es decir, en la parte negativa, de anulación de la percepción utilitaria; pero mayor aún es la dificultad en aquello que los separa, es decir, en la parte constructiva: visión estética por un lado y científica por el otro. Se justifican más los métodos científicos en el mundo de la ciencia (por razones que no cabe desarrollar aquí y que surgen de las indicaciones iniciales de este trabajo) que en el mundo del Arte. Pero si no podemos trasladar el método científico, podemos, en cambio, como expresa Lanson, trasladar a la crítica el *espíritu científico*: el rigor, la exigencia de severa crítica, de vigilancia constante, de verificación. Difícil es defendernos de gustos particulares, fantasías o caprichos. Pero es preciso “no confundir sentir con saber; lo que se puede sentir con lo que se debe saber; no sentir dónde se puede saber; no creer que se sabe donde se siente”.

La insustancialidad del mundo común, reflejada en la inconsistencia de los estados espirituales que a él corresponden, demasiado a menudo sojuzga nuestra intimidad, usurpando allí el sitio de más valiosas potencias. Sólo los seres en los que arde un fervor penetrante por las delicadas jerarquías espirituales, están libres de trasladar tales estados a las encumbradas esferas del estudio y de la enseñanza. Frecuentemente el hombre de ciencia nos enseña, por el esfuerzo de voluntad y la radical disciplina con que se “apar-

ta", temporalmente, del mundo, que es preciso suscitar, contra el desbordamiento de la vulgaridad que se desarrolla y multiplica indefinidamente, poderes naturales y espontáneos, pero potentes y aun agudos contra los enemigos de afuera, y nobles protectores, vigilantes de las más altas zonas del espíritu. Porque, como expresa Berthelot: "La misión más alta de la poesía y de la música es desvanecer el sueño mágico de la vida vulgar y despertar el Orfeo interior que duerme en los mejores de entre los hombres."

Ofelia M. B. de Benvenuto.

•

N O T A S

LOS DERECHOS INDIVIDUALES, EXPERIENCIA DE NUESTRO PASADO Y EXPERIENCIA DE NUESTRO PRESENTE

(CONCLUSION)

Nietzsche ha dicho: "Éscribe con sangre y verás que la sangre es espíritu".

Los derechos individuales han sido escritos con sangre, y, sin embargo, no son todavía espíritu en la especie. No son todavía conciencia candente e inextinguible en el mundo, pues no sólo son así pisoteados en los hechos, sino que, todavía, en las doctrinas, han podido ser olvidados presuntuosamente, porque se ha podido creer que su tiempo había pasado ya, que eran sólo palabras hermosas pero vacías, cosas del viejo liberalismo democrático del siglo XIX, ya mandado archivar, como cien veces se acostumbraba repetir en los últimos tiempos. Y hasta se ha formado todo un automatismo de estas repeticiones verbales, toda una grosera e injusta retórica, que sería sólo injusta si no fuese además suicida, sobre la misma cantilena huérfana de verdadero pensamiento, porque ninguna de sus frases fué escrita con sangre: ni las que se complacían en comprobar cómo los ecos de la palabra libertad, que había deslumbrado falaciosamente, decían, al siglo XIX, eran sustituidos ahora por el nuevo verbo de la solidaridad; ni aun esa otra frase, la más audaz de las negaciones de los últimos tiempos, la de que "la libertad es un prejuicio burgués", por más que quien la haya escrito fuera un genio de la acción.

Ahora el proletariado mismo, aún el revolucionario, y, sobre todo, el mártir, en esta hora negra pero iluminante del mundo, ha vuelto a escribir con sangre las palabras libertad y democracia. Ellas serán, también, los principios rectores del último capítulo de esa gigantesca declaración de derechos, que, comenzada hace mil años, ha vuelto a reanudar, impregnándola con mares de sangre en la conciencia de la especie, el pueblo de las libertades castellanas y aragonesas.

* * *

Y bueno es ver, para prevenir nuestro propio posible error futuro, cuáles fueron la tremenda falacia o el invisible equívoco psicológico que engendraron, con intención justiciera pero errada, esa montaña de injusticia involuntaria y de error que hoy comienza a desmoronarse.

Toda nuestra generación, educada en las nuevas corrientes del derecho social, empezó a creer en un momento, un largo momento de va-

rios lustros, en una bancarrota parcial de la libertad y en la oposición de ese principio que suponíamos caduco, por lo menos en lo que creímos su inocencia primera, con el de la solidaridad redentora. Y es porque no supimos ver que *todos, o casi todos los males que se acostumbraba a imputar a la libertad, eran, por el contrario, males, precisamente, de la falta de libertad.*

Ahondar en ellos es el mejor modo de comprobar los bienes de la verdadera libertad y de no dejarse engañar por ciertas falsas invocaciones de ella que, aquí como en la simulación de la democracia, no hacen sino traicionarla.

Se ha dicho, por ejemplo, que la libertad de contratar era injusta porque permitía al patrono explotar al obrero, y nada más calumnioso para la idea y para el nombre de la libertad. El viejo régimen de contratación que permitía y aún sigue permitiendo esta inicua situación, no es un régimen de libertad de contratar, sino de libertad incompleta de contratar, pues, como mil veces se ha dicho, y con razón, sólo una de las partes es libre en él. No hay derecho, pues, a llamar libertad a una negación de la libertad. Esa libertad de uno de los contratantes que destruía el derecho del otro era una libertad antijurídica, una libertad contra el derecho de otro a su propia libertad de contratar. Sólo con el contrato colectivo del trabajo, o el contrato de trabajo reglamentado por el Estado en favor del obrero, asegurándole a éste sus derechos contra el explotador, nace el verdadero concepto de la libertad de contratación. Aquí la solidaridad ha venido en ayuda de la libertad. Gracias a ella, la libertad de contratar es, pues, cosa nueva; no cosa del pasado, como se ha creído.

El viejo régimen del contrato de trabajo no tenía, pues, derecho a invocar la palabra libertad. Debería ser llamado régimen de la arbitrariedad de contratación, o de la explotación legalizada del obrero, o de la dictadura del patrono en el contrato de trabajo, o de la falta de libertad bilateral de contratar.

Vese así hasta qué punto una de las causas del desprestigio injusto que ha sufrido la palabra libertad, y con ella, lo que es más grave, la idea de la libertad, proviene de esta usurpación de su nombre cometida por el régimen que la destruye, dramáticamente, en uno de sus puntos más vitales.

Hacer de una vez la luz sobre todo esto, incorporar al léxico corriente todas esas fórmulas y otras semejantes para señalar las violaciones de la libertad y desterrar para siempre a las otras del sitio en que injustamente se las había colocado, es algo mucho más profundo que entretenerse en un juego de palabras: es contribuir a la obra de reedificación del prestigio hoy renaciente de la libertad en el mundo, es decir, hacer uno de los más grandes bienes, acaso el mayor de todos, que se puedan hacer a la causa de todos.

Dígame, pues, de una vez, no que la explotación es debida a la libertad, sino, por el contrario, que una libertad que pretende usarse para explotar, deja de ser libertad.

* * *

Y es más: jurídicamente, no existe la libertad de explotar, como no existe la libertad de oprimir, porque no existe la libertad de agredir, y explotar es agredir la libertad ajena por medios económicos, como oprimir es agredirla por medios políticos. Y es más, todavía: la explotación no es, al cabo, sino una forma de opresión. Por ello, la defensa contra la explotación no puede sino basarse en la idea de la libertad. Los medios necesarios para hacerla efectiva los prestará sin duda la solidaridad. Pero ésta es sólo un arbitrio, un mecanismo social organizado para el triunfo de aquélla. La solidaridad no es la idea que pone en movimiento esta defensa de la libertad contra la explotación, ni es tampoco un fin en sí misma. Es sólo parte necesaria, insustituible, del proceso de la liberación económica del individuo, y es a la vez el más seguro y poderoso de los engranajes que puedan funcionar para asegurar su mantenimiento. Pero el principio de ese proceso está ya en uno de los clásicos derechos individuales: la resistencia a la opresión.

* * *

Ahora todos podemos ver ya que lo que debió haberse condenado, y debe seguirse condenando, no son, entonces, las formas del individualismo y del liberalismo compatibles con la justicia social y hasta reforzantes de ella, y condiciones imprescindibles, todavía, de su auténtica consecución y de su progreso, es decir, verdaderos individualismos, que tutelasen los derechos de todos y cada uno de los individuos, y liberalismos también verdaderos, que reconociesen la libertad integral de todos los hombres, sino un falso individualismo, usurpador de la invocación de los fueros del individuo que pisoteaba, al cual debería llamarse, para evitar confusiones, "aislamiento" o "abandonismo" del individuo en medio del embate de las fuerzas de prepotencia representadas por la explotación económica que hacen imposible la existencia de las condiciones de la libertad, de la facultad de determinarse en un sentido o en otro, y por consiguiente, también, un falso liberalismo, usurpador, igualmente, de la invocación de los fueros de la libertad. Ahora todos podemos ver que lo que debía combatirse eran, pues, ese falso individualismo y ese falso liberalismo, y la criminal ceguera del Estado que los hacía suyos, y que volvía ilusoria la libertad de los económicamente débiles al entregarla desamparada a la arbitrariedad de los económicamente fuertes. Podemos ver que se había creado una antinomia inexistente entre libertad y solidaridad: que sólo mediante la solidaridad es posible

la libertad *de todos*, porque precisamente, la libertad seguirá siendo el fin último, la resultante definitiva de la propia solidaridad.

Y podemos ver, entonces, que sobre las ruinas de ese pseudo individualismo del régimen actual, efectivo quizá (¡y ni aún así!) para privilegiados y solamente eventual (¡y ni aún así, tampoco!) para los demás hombres, es decir, de ese individualismo restringido y endeble o, mejor, de ese "pluri-individuismo" precario, debe construirse un grande "pan-individuismo", amplísimo, amparador de todas las formas de libertad auténtica, e igualmente asegurado para todos.

Se han instituido en el mundo constituciones, policías y administraciones de justicia para defender al individuo contra la prepotencia de la autoridad y hacer posible la libertad política. ¿Cómo no reconocer, en nombre de los mismos principios de individualismo y de liberalismo invocados en ellos, la necesidad de instituir, además, constituciones, policías, justicias y cuantos arbitrios legislativos, formas administrativas, regímenes de producción y de utilización de los agentes naturales, incluso la tierra, sean menester, para defender al mismo individuo contra la prepotencia representada por la explotación y hacer posible su liberación económica? ¿Cómo no hacer para ello cuantos ataques a fondo al régimen actual sean necesarios, pero no en nombre de fríos y abstractos totalitarismos del Estado ni de la sociedad, o, por lo menos, no sólo en nombre de lo que puedan tener de considerables e indispensables los intereses colectivos no reducibles a intereses individuales, sino, predominantemente, en nombre de la caliente y concreta realidad de cada individuo, que desea, que anhela, que piensa, que sufre, de todos los individuos de la especie, porque todos piensan, desean, anhelan, sufren, en tanto que ni el Estado ni la sociedad son entes de razón ni de dolor.

Sufro y pienso, y sólo yo sufro y pienso, luego soy el primero de los sujetos de derecho, podría decir el Hombre, en un nuevo cartesianismo para centrar, incommoviblemente y de una vez por todas, las ciencias políticas: y ese Hombre, se lo dice a cada uno su más íntima, directa y última introspección, es el individuo y no la especie, ni la sociedad, ni la clase, ni el Estado. Fuerza es tomarlo, entonces, como criterio para interpretar y para decidir. El Hombre debe volver a ser la medida de todas las cosas, y el individuo es la unidad irreductible de esa medida, pero una unidad que no es número sino esencia, y esencia sublime, no obstante la trágica carga de taras congénitas y quizás irredimibles que lo manchan; esencia sublime, homogéneamente sublime en todas las unidades en que encarna, pero a la vez diferente en cada una de ellas; esencia sin semejante ni superior en el Universo.

La conciencia de todo esto está a penas latente, todavía, en el mundo, pero comienza a verse, por lo menos, que debemos volver a los derechos individuales, aún cuando no se llegue hasta buscarles esa raíz para fundamentarlos, lo que, por otra parte, no es en manera alguna necesari-

rio. Comienza a verse que los derechos individuales deben quedar fuera de la zona litigiosa de las contiendas sociales y políticas, y aún de las filosóficas, como terreno sólido y definitivamente adquirido por el humano esfuerzo después de los interminables milenios de no entenderse ni siquiera sobre cuál era el campo en que se debía luchar, como punto de partida supuesto indisputablemente en todos los casos para lanzarse desde él a las otras conquistas posibles, como factor común de la condición de hombre político y social, como "agente natural", por consiguiente, de la sociedad política, indispensable para que sea posible respirar y ver en ella, pensar y vivir sobre la tierra, como condiciones mínimas de la convivencia de unos hombres con otros en cada pueblo, de unos pueblos con otros en el planeta. Comienza a verse que los derechos individuales son el núcleo automáticamente resultante de la superposición o interferencia de los postulados diversos, por coincidencia necesaria de sus principios comunes, y, así, por consiguiente, son el programa natural, válido para todos los tiempos, de un frente único de los hombres, llámesele como se quiera, contra todas las opresiones posibles. Comienza a verse, al fin, que los derechos individuales eran la experiencia más sólidamente sedimentada en la conciencia de la especie, y su desconocimiento, —el consumado por las doctrinas más aún que el cometido en los hechos por los déspotas sin ley,— la más flagrante aberración en que la humanidad haya podido caer para perderse, en el momento mismo en que sobre ella se cernía el peligro de muerte de los delirios guerreros, las dictaduras y los imperialismos.

* * *

Por culpa de tanta confusión había podido olvidarse todo eso, habían podido ser olvidados los derechos individuales no obstante haber sido escritos con sangre, y es que lo que vió Nietzsche, —que era una verdad, que es lo que ha venido sucediendo hasta ahora en el mundo,— es sólo la mitad de lo que debía suceder, de lo que debemos pugnar por que suceda: es sólo la intuición del proceso que nace con la sangre de lo que se ha sufrido y termina con el verbo que queda escrito con ella; pero es necesario proseguir; es necesario que ese verbo escrito que es espíritu, no quede sólo en la frialdad de un espíritu hecho abstracción, no se quede por los aires, alejándose de la realidad; es menester que él encarne en la vida, vuelva a su vez a hacerse sangre, para que aliente con palpitación y con fervor en la entraña de la humanidad, y se haga en ella impulso íntimo y espontáneo, defensa orgánica necesaria e incontrarrestable, porque no se pueda quitar de la sangre sino sacando la sangre misma, y para ello habría que pensar, bien que la especie pereciera bajo las garras de algún monstruo extrahumano y apocalíptico, bien que ella misma decretase su muerte, abriéndose las venas en un raptó de locura colectiva. Es necesario, pues, transformar ese proceso terminal en

un proceso cíclico, asegurar una inextinguible circulación de ese plasma vital y liberador, por las arterias invisibles del organismo social. Al "escribe con sangre y verás que la sangre es espíritu", es preciso añadirle: "y lo que hayas escrito con ese espíritu nacido de la sangre, vuélvelo a la sangre misma, para que viva en ella, y el espíritu sea sangre a su vez, y así sea eternamente".

Sí: si lo escrito con sangre es espíritu, que lo escrito se haga sangre, se haga carne, se haga fervor, se haga pasión colectiva, dinámica social, latido cálido y cotidiano de la Historia que se va viviendo. Que la doctrina se haga acción. Eso es lo que falta a la experiencia de los derechos individuales: transformarlos en conciencia encendida del alma social; infundirles en ella la fuerza de una convicción candente, prestigiarlos ante los pueblos con la certidumbre de que poseen un poder de salvación infalible, tan preciso como las propias formas del instinto, del cual no son, al cabo, sino una manifestación: la del instinto de conservación y de progreso del individuo.

Para ello cada país debe escribir una tabla de sangre de sus mártires de la libertad. Las tablas de sangre de los pueblos, si por uno de sus lados son horribles manchas de vergüenza, y se llaman crimen cívico, por el opuesto lado son luminosos cuadros de honor, y se deben venerar como vivientes e inmortales declaraciones de derechos. Tenemos ya en el Uruguay la nuestra: la tabla de sangre de los mártires de la libertad de este presente trágico que vivimos, de estos cuatro últimos años de opróbio colectivo.

* * *

Estampemos, pues, aquí, por dar comienzo a esa obra, esta sublime y trágica declaración de derechos.

Para escribirla será preciso añadir poco a lo grande y definitivo que la experiencia del pasado había encontrado ya. Más, aún: para que nos sea permitido comprobar cómo es seguro e imperecedero el saber que, a la larga, va adquiriendo el hombre sobre sus libertades esenciales, para que pueda aquilatarse a un mismo tiempo la permanencia de cada necesidad y la validez inalterable de su remedio correspondiente, será reconfortante y ejemplar conservar en esta declaración, en cuanto sea posible, la redacción que dió esa misma experiencia, avalorada por la razón de los hombres justicieros de todas las edades, a los viejos postulados, y buscar la nueva forma sólo cuando por escarnio interese mostrar cuál ha sabido el Constituyente de 1934 que era el verdadero principio de justicia que en la realidad no se cumple y se sabía no se cumpliría, o para trazar por primera vez, con recta y sincera intención, lo que había venido escapando hasta ahora de recibir formulación definitiva y precisa en una Declaración de Derechos.

Dentro de lo que nunca pudo haber sido dicho, algo hay que no lo fué porque no era siquiera concebible, en la grandeza inesperada con que luego se vino a dar, y ello está escrito ahora con la sangre de Brum.

Con la sangre de Brum está escrito que los pueblos no se rigen por la fuerza sino por el Derecho, y que cuando el Derecho ha sido estampado en una Constitución elaborada y ratificada con las garantías que el pueblo mismo ha organizado por instrumento del legítimo Poder Constituyente, esa Constitución es inviolable y no puede ser modificada sino por el procedimiento que ella misma establece para su reforma. Está escrito que los fueros e inmunidades de los magistrados del pueblo, que éste ha instituido para asegurarles la necesaria independencia en su gestión, no pueden ser desconocidos por los depositarios de la fuerza pública, y que es deber de los Magistrados en quienes ha recaído la investidura amparada por alguno de esos fueros e inmunidades, defender esa investidura, y con ella los mismos fueros e inmunidades destinados a resguardarla, con el máximo de eficacia de que cada uno pueda llegar a ser capaz, poniendo en juego la totalidad de sus potencias morales y de las energías de su carácter: llevando el límite hasta buscar la misma muerte antes que entregarlos o abandonarlos, si la fortaleza de su pecho fuese tanta y tan sublime su concepto del deber. Está escrito que los deberes de los dirigentes, a quienes el pueblo ha confiado las más grandes sumas de responsabilidad, son mayores que los de los dirigidos, y mayores, por consiguiente, los sacrificios que ellos exigen. Pero está escrito, de todos modos, que es derecho y deber del individuo la resistencia a la opresión. Y está escrito también: 'la casa del ciudadano es un sagrado inviolable. De noche nadie podrá entrar en ella sin su consentimiento; de día sólo de orden expresa del Juez competente y en los casos determinados por la ley'. (1)

Todo eso está escrito con la sangre de Brum. Todo eso, y, genéricamente, los grandes principios de la dignidad humana: libertad, honor, justicia, fe en el propio ideal, lealtad, desprecio por la vida, si la vida no puede en adelante ser vivida en la integridad de la hombría, que es la plenitud moral, y, por ello, la razón más profunda de la vida misma. Todo eso, y cien principios más, cuya grandeza no cabe en el lenguaje humano, pero que la belleza trágica del gesto ha transformado ya en estatua de sugerencias infinitas ante la perspectiva de la Historia.

Con la sangre de Grauert está escrito: "la garantía de los derechos del hombre y del ciudadano necesita una fuerza pública: esta fuerza es pues instituida en provecho de todos y no para la utilidad particular de aquellos a quienes está confiada" (2); "ningún hombre puede ser acu-

(1) Es el artículo 135 de la Constitución de 1830, 151 de 1917 y 11 de 1934.

(2) Es el artículo XII de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

sado, detenido o preso más que en los casos determinados por la ley y según las formas prescriptas en ella. Los que soliciten, expidan, ejecuten o hagan ejecutar órdenes arbitrarias, deben ser castigados: pero todo ciudadano detenido en virtud de la ley debe obedecer al instante, haciéndose culpable por su resistencia" (1); es decir: por su resistencia ilegítima, pero no por su resistencia legítima, como lo es la resistencia a la opresión, que está también escrita con su sangre; y además: "ningún Senador o Representante, desde el día de su elección hasta el de su cese, puede ser arrestado, sólo en el caso de delito infraganti; y entonces se dará cuenta inmediatamente a la Cámara respectiva, con la información sumaria del hecho" (2); los heridos, desde el instante en que caigan bajo la esfera de vigilancia de los agentes de la autoridad o ingresen en un establecimiento público, sea de la naturaleza que fuere, serán tratados con humanidad, y sometidos de inmediato a los cuidados de un médico o llevados sin demora a un establecimiento de curación, sin distinción entre los presos y los que se hallen en libertad.

Esa es la lección de nuestros dos grandes mártires. Pero otras formas más oscuras de sacrificio nos han dado asimismo postulados no menos luminosos. Los nombres de quienes las sufrieron vendrán también, naturalmente, cuando la perspectiva histórica los llame, a ocupar en ella los diferentes sitios que les están reservados para que contribuyan a darle sentido. Por ahora están todavía demasiado cerca de nosotros para que los dejemos incorporados ya incommoviblemente en una declaración de derechos, que, para no perder su jerarquía de tal, debe quedar más arriba de los círculos de lo cotidiano, en los que suele sufrir aberraciones la visión necesaria para que la estimativa sea inalterable y justa. Pero a quien los tenga en la memoria le será fácil recordarlos a través de las alusiones en que vienen a quedar inevitablemente implícitos con sólo enunciar cada una de las circunstancias de hecho, capaces de descifrarse en principios de una declaración de derecho, que los tuvieron, respectivamente, por actores.

Así, un día supimos que había ocurrido la lenta y silenciosa tragedia que nos hace escribir: "En los casos de enfermedad, que no pueda ser debidamente atendida en la cárcel, serán trasladados los presos a un hospital público, bajo la custodia respectiva". (3)

Otro día, bruscamente, vinimos a saber, también por experiencia de nuestra realidad, que "queda reconocido el derecho de reunión pacífica

(1) Es el artículo VII de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

(2) Es el artículo 50 de la Constitución de 1830, idéntico al 46 de la de 1917.

(3) Es el artículo 422 del Código de Instrucción Criminal de la República.

y sin armas' (1) y que cuando la autoridad tratase de favorecer al autor de algún crimen político o asegurar su impunidad, la autoridad se reconoce autora, cómplice o encubridora de ese crimen.

Otro día nos conmovieron hechos que escribieron: "El gobierno es instituido para el bien común: para la protección, seguridad y prosperidad del pueblo; y no para el provecho, honor o interés privado de ningún hombre, familia o clase alguna de hombres. Por tanto, solamente el pueblo tiene el derecho incontestable, inenajenable, incontrovertible, de instituir un gobierno, y de reformar, alterar o cambiar totalmente el mismo, siempre que así lo requieran su protección, su seguridad, prosperidad y felicidad" (2); "Cuando una larga serie de abusos y usurpaciones cometidos invariablemente con el mismo objeto, revela el designio de oprimir a un pueblo despóticamente, éste está autorizado y se halla en el deber de separarse del gobierno que tal haga, buscando nuevas garantías para su futura dicha y tranquilidad" (3). Y escribieron igualmente: "El Ejército de línea forma parte de la fuerza pública y está obligado a sostener la Constitución, las leyes, la integridad territorial, el honor, la independencia, la soberanía de la República y el orden público" (4).

Dentro del mismo cuadro en que ocurrieron esos hechos, dos diferentes episodios de naturaleza individual agregaron algo más. El uno, el de un error urdido como por un sarcasmo de la fatalidad, añadió que: todas las muertes, como todos los daños causados por uno de los bandos en guerra, aún los más imprevisibles y aún cuando recaigan en sus propias filas, siempre que ocurran en tiempos de guerra, en lugares de guerra y con ocasión de la guerra, deben imputarse a las responsabilidades del bando culpable de la guerra; el otro, en que reapareció la vieja barbarie atávica del despojo del moribundo, añadió en cambio: "Después de cada combate el ocupante del campo de batalla tomará medidas para buscar los heridos y hacerlos proteger, así como a los muertos, contra el saqueo y los malos tratamientos" (5).

Con obstinada frecuencia hemos debido volver a escribir, siempre con sangre de heridas verdaderas, la libertad de reunión pacífica y sin armas, pero agregando, todavía: "Los agentes policiales deben recordar que la autoridad no debe desprestigiarse nunca por una intervención intempestiva, irreflexiva e insuficiente" (6), y añadiendo aún, sobre todo: "El agente policial sólo podrá hacer uso de armas en los siguientes casos:

(1) Es el artículo 1.º parte inicial, de la ley de 28 de Julio de 1897, recogido por el 37 de la Constitución de 1934.

(2) Es el artículo 7 de la Constitución de Massachussets.

(3) Párrafo de la Declaración de independencia de Estados Unidos.

(4) Es el artículo 1.º del Código Militar de la República.

(5) Es el artículo 3 de la Convención de Ginebra de 1906.

(6) Es el artículo 21 del Decreto de 4 de Setiembre de 1883.

1º Si se ejercieran violencias o vías de hecho contra ellos, no pudiendo defender de otro modo el terreno que ocupan, los puestos o las personas que se les han confiado; 2º Si la resistencia es de tal naturaleza que no puede vencerse sino por la fuerza de las armas' (1).

* * *

Pero el "escribe con sangre" de Nietzsche no se refiere sólo a la sangre derramada, sino también a la sangre caldeada. No sólo, pues, se ha de escribir con la sangre vertida por los mártires, sino también con la sangre encendida de los oprimidos: con la sangre caldeada por las heridas recibidas en lo más profundo del sentido moral, del sentimiento de dignidad humana y del sentimiento de justicia, caldeada por la afrenta, por el dolor, por la humillación, por la vergüenza, por la indignación, por la visión lúcida de la iniquidad y de la injusticia, que, iluminando el principio violado, ofrece a la conciencia colectiva el caso concreto y palpitante de la realidad inmediata y actual, surgiendo como centro súbito y dinamizante de la angustia y la exaltación de todo un pueblo.

Con cada diferente hervor de esa sangre caldeada están escritos también otros tantos derechos individuales y deberes de la autoridad para la tutela de libertades esenciales.

Con la indignación de los confinados y desterrados por simple acto policial, está escrito que "nadie puede ser penado ni confinado sin forma de proceso y sentencia legal" (2).

Con el dolor de los torturados, está escrito que "en ningún caso se permitirá que las cárceles sirvan para mortificar y sí sólo para asegurar a los procesados y penados" (3).

Un día quedó escrito, por primera vez con hechos de nuestra realidad, que "el asilo es inviolable para los perseguidos por delitos políticos" (4).

Con el ultraje de los empleados y obreros destituidos por razones políticas está escrito: "Los funcionarios están al servicio de la Nación y no de una fracción política" (5); "la ley ha de reconocer a quien se hallare en una relación de trabajo o servicio, como obrero o empleado, la independencia de su conciencia moral y cívica" (6).

(1) Es el artículo 22 del Decreto de 4 de Setiembre de 1883.

(2) Es el artículo 136 de la Constitución de 1830, 152 de la de 1917 y 12 de la 1934.

(3) Es el artículo 138 de la Constitución de 1830, 163, párrafo segundo de la de 1917 y 23, párrafo segundo de la 1934.

(4) Es el artículo 16 del Tratado de Derecho Penal de Montevideo, de 1889.

(5) Es el párrafo inicial del artículo 57 de la Constitución de 1934.

(6) Es el artículo 53, parte inicial, de la Constitución de 1934.

Con el agravio a los extranjeros a quienes se declara indeseables, se les prende y expulsa o rechaza del país por hechos por los cuales ningún nacional puede serlo, está escrito: "Todas las personas son iguales ante la ley, no reconociéndose entre ellas otras diferencias que las de los talentos o las virtudes" (1); "nadie puede ser preso sino infraganti delito, o habiendo semiplena prueba de él por orden escrita de Juez competente" (2); "es libre la entrada de todo individuo en el territorio de la República, su permanencia y su salida con sus propiedades, observando las leyes de policía y salvo perjuicio de tercero". (3)

Con la vergüenza de los Jueces y la alarma social producidos por el desacato de los fallos de libertad de presos, está escrito: "Para hacer ejecutar sus sentencias y para practicar o hacer practicar los demás actos que decreten podrán los Jueces o Tribunales requerir de las demás autoridades el auxilio de la fuerza pública que de ellas dependiere, o los otros medios de acción conducentes de que dispusieren. La autoridad requerida en forma debe prestar el auxilio sin que le corresponda calificar el fundamento con que se le pide, ni la justicia o legalidad de la sentencia o decreto que se trate de ejecutar" (4); "a la Alta Corte de Justicia corresponde velar por las atribuciones e inmunidades del Poder Judicial, asumiendo su representación y sosteniéndolo dentro de las prescripciones de las leyes fundamentales de la República". (5)

Con el vejamen de la expulsión del país de periodistas por motivos periodísticos; de la sanción de una ley de prensa inicua y la condena de otro periodista por delito de imprenta a una pena no establecida previamente; con el cierre de diarios, la interrupción arbitraria de las transmisiones radiotelefónicas, el cierre de una radio y la censura telefónica, está escrito que "es enteramente libre la comunicación de los pensamientos por palabras, escritos privados o publicados en la prensa, o por cualquiera otra forma de divulgación, sin necesidad de previa censura; quedando responsable el autor, y, en su caso el impresor o emisor, con arreglo a la ley, por los abusos que cometieren" (6), y que "nadie puede ser castigado sino en virtud de una ley establecida y promulgada anteriormente al delito, y legalmente aplicada" (7).

(1) Tomado del artículo VI de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

(2) Es el artículo 113 de la Constitución de 1830, 154 de la de 1917 y 15 de la de 1934.

(3) Es el artículo 147 de la Constitución de 1830, 172 de la de 1917 y 36 de la de 1934.

(4) Es el artículo 14 del Código de Procedimiento Civil.

(5) Es el artículo 14, inciso 12, de la ley de 28 de Octubre de 1907.

(6) Es el artículo 28 de la Constitución de 1934.

(7) Es la segunda parte del artículo VIII de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Con el espanto de los moradores y el quebranto de los damnificados está escrito que el saqueo de las propiedades por tropas del Ejército hecho a pretexto de "medidas de seguridad" para la guerra, sería equiparado al saqueo calificado.

* * *

Con el hambre de nuestros desocupados y de los obreros castigados con rebajas injustas de salario está escrito: Todos los hombres tienen derecho al trabajo (1). Cuando fuera de la Administración Pública no hayan podido obtenerlo en condiciones de justicia, el Estado está obligado a suministrárselo y darles por él una remuneración capaz de asegurarles una vida desahogada y digna, teniendo en cuenta el número de personas que cada uno tenga a su cargo. La ley hará obligatorio el contrato colectivo de trabajo.

Con la miseria de nuestros jubilados en condiciones injustas o de los que han sido despojados de la que les correspondía por las leyes anteriores, está escrito: Todos los hombres tienen derecho, en los casos y condiciones que determinará la ley, a una jubilación equitativa en proporción al número de años que hayan trabajado y al monto de los emolumentos que hayan percibido por los servicios prestados en la Administración Pública o en cualquiera otra actividad de utilidad social, sin distinción entre ambas situaciones. Pero el monto de la jubilación no será en ningún caso inferior al necesario para asegurarles las mismas condiciones de vida que a los que trabajan.

Con la angustia de los injustamente desalojados de su vivienda está escrito: Todos los hombres tienen derecho a un espacio de tierra para habitación, en las condiciones que determinará la ley. (2)

* * *

Con la afrenta de un sabio, cuya enseñanza científica, dinamizada por la fe de un apostolado es declarada "perjudicial" para la Enseñanza Primaria y Normal, está escrito: "La Nación considera a la cultura como el más alto de los intereses sociales, y todas las autoridades del Estado quedan obligadas a adoptar esta declaración como criterio normativo en cualquier acto de sus funciones en que ocurra conflicto de intereses que no pueda resolverse por la consti-

(1) Es el derecho al trabajo de Louis Blanc.

(2) Es el derecho a estar en el planeta, de Vaz Ferreira.

tución, las leyes o los reglamentos dictados por los órganos competentes." (2)

Con la rebelión moral de multitud de profesores y maestros dignos, está escrito: El destierro o la destitución por motivos políticos, de profesores o funcionarios dirigentes de Universidades u otros institutos de docencia, o la negativa o demora de ponerlos en posesión de sus cargos por los mismos motivos, constituye por ese solo hecho un ataque a la cultura, y traduce, además, un criterio equivalente al propósito de mantenerla inferiorizada de modo permanente por su subordinación a la política.

Con la ignorancia no atendida de nuestros analfabetos está escrito: La enseñanza primaria es obligatoria en todo el territorio de la República.

* * *

Para mantener encendido y propagar ese sagrado fervor que reclaman los derechos individuales cuya reivindicación necesaria simbolizan y encarnan, andan entre nosotros, recordándonos a cada instante con su presencia, su martirio o sus desgracias, esos veintitantos heridos, esas decenas de torturados, esos centenares de confinados y desterrados, esos largos cientos de empleados destituidos.

Pero, sobre todo, ahí están, bajo tierra, nuestros trece muertos.

Cada vez que una de esas fuerzas espirituales se extinguió por la muerte; cada vez que uno de esos cuerpos, cuya llama se apagó bruscamente mientras se quemaban por la libertad, enrojecidos por la sangre caliente, fué sepultado bajo el suelo, han sido otras tantas ascuas ardientes que se hundían en la tierra. Su llama no brilla más, pero la tierra arde por debajo. Está incubando el futuro.

Eugenio Petit Muñoz

(2) Es la declaración final contenida en mi proyecto de Poder Educador.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

HORACIO QUIROGA. — CUENTOS. — (Biblioteca Rodó. Números 17, 18, 19 y 20. — Claudio García y Cía. Montevideo, 1937).

Homenaje póstumo a la memoria del narrador esclarecido, el don de sus libros que vuelven del *más allá* cruzados de luces, la voz para siempre sostenida en el más puro sonido. Está cerrada la curva de su vida, cuyo centro guardó las equidistancias de una ardua constante, transitado por las corrientes del pathos saturniano.

Hemos repasado su arco tenso desde *El guardabosque comediante* hasta *El hijo*, en la selección de cuentos que llenando un sensible vacío, publica la editorial uruguaya bajo la dirección de Ovidio Fernández Ríos. Ellas vienen precedidas de la ficha biográfica y un certero estudio de Alberto Lasplacas, acerca de este valor cardinal definitivamente incorporado a la historia literaria de América. Presididos por un criterio de escogimiento y orden que no siempre compartimos, los cuatro pequeños volúmenes, a que han de seguir en breve *Cuentos de la selva*, para los niños, contienen la creación esencial del solitario iluminado.

Un raro, que ha asumido su principalía entre los cromos del arte finisecular, pero cuyos ojos se retraen ya mirando fijamente los caminos del psicoanálisis y las vetas del suelo autóctono. Allá, "soles decrepitos, melodías oscuras, invernáculos, perfumes, tonos inasibles, extenuación metódica": la gama, el tedio y la fatiga de los poetas malditos. Sobre el terreno poroso del temperamento, esa crisis introspectiva y metafísica de juventud, con su enrarecimiento medular que disocia y despierta lo subconsciente adormecido, en un trasmundo evanescente, húmedo de linfas opalinas y estanques inmóviles. *Sin razón, pero cansado*. A la hiperestesia periférica, ávida de estímulos, se une la insensibilidad glacial de zonas fecundas y su negativismo, cuando no reviste formas de perversión y escarnio. El analista de nuestro tiempo sondearía quizá en el snob de gestos espectables, un complejo larvado y su evasión por desdoblamiento psíquico.

Muy hondo debió ser el surco cicatrizal de aquel proceso destructivo que en la obra de Quiroga, a través de los años, enriquece la fantasía creadora y trasciende en metamorfosis simbólicas; Narcés y su bosque es el plasma inicial de desarrollos posteriores, en este fino observador cenestésico. De las neurosis que constituyen un eje de su temá-

tica. al zig-zag de los toques fugaces que proyectan un rayo instantáneo en napas abisales, se advierten sobreemanaciones del flúido remanente en un sistema trabajado. Y aun aquí, en el drama a pleno sol, la p'anta humana percibe el hormigüeo de las fuerzas telúricas, la raíz mítica de la naturaleza como espejismo de agudezas sensoriales.

Con variable intensidad, este polo magnético fijará el ángulo de los signos fatales, abierto angustiosamente si los motivos de la soledad, el dolor y la muerte los envuelven. Porque de aquel laberinto se regresa con gran sed, y la afectividad se debate en paroxismos ante el sufrimiento. Ella se extrema aplicándose a imaginarlo y vivirlo, esforzándose en mantener la actitud defensiva imperturbable que cree preciso ofrecer al espectador; recae tal vez en el ciclo enervante de los medios refinados, y halla la salvación en la naturaleza, en los seres sencillos y los animales. Las páginas que en *Yaguai* y *El alambre de púa* relatan la pasión del pequeño fox-terrier y del toro Barigüi, tienen un envés humano de lúcida transparencia. En ellos empieza a adquirir concreción el elemento moral, que animará cuentos logrados como *El potro salvaje* y *Juan Darién*. Los mensú, los inmigrantes, los niños, los viejos, el sub-hombre. *El salvaje* es un episodio de la epopeya terciaria bañada en su resplandor prehistórico, donde un moderno Lucrecio revive las congestiones de la tierra, la conquista de la habitación y el sueño, la inferioridad física como acicate del ingenio en el inadaptado. Las lluvias torrenciales y las inundaciones de su latitud, evocaron en el autor la era geológica de los saurios.

Quiroga, nutrido de ciencia darwinista y esotérica, es un explorador del tiempo, medium que traspone habitualmente el límite de lo real, y perdiendo pie y localización vislumbra el más allá desde el mundo metapsíquico, en un espacio lenticular indefinible; o por una reminiscencia regresiva conjuga en sí los avatares del génesis embrionario: así parecería decirlo su señorío de los reinos. El cantil mineral, la flota acuática, los tucanes de grandes ojos de oro cercados de azul, son vistos en un enfoque singular, como sus personajes, con óptica que los distingue de las colectividades grávidas y anónimas en el escenario americano. Aun la zona tropical rebelde en *El regreso de Anaconda*, está personificada en la cordial serpiente. Y la extensión reducida del cuento, es efecto técnico de su concepción particular e individualista. Quiroga sabe situarse dentro del protagonista zoológico, de plástica estampa; subsumido, desde allí nos llega su voz con resonancia graduada a la oquedad de las frentes. De las circunvoluciones apenas marcadas en los cerebros, se desprende un idioma elemental, intermitente conductor de la idea naciente. El lenguaje de sus hombres es también fiel trasunto de la condición y el carácter, con escasos regionalismos, y universal como expresión de una vida primaria.

En aquel ámbito de distancias infranqueables, fuera de las fronteras físicas y sociales, existen posibilidades desconocidas que modelan seres inéditos, variados, únicos, a favor de la ductilidad y los automatismos de la arcilla organizada. El hombre se realiza en una indeterminación extraña a lo normal o absurdo, bajo coordenadas que aúnan fuertemente lo dispar y antagónico; la rudeza con la ternura inefable. Débiles nativos de fabulosa resistencia; extranjeros funámbulos del trabajo y la industria. Es un universo propio de Quiroga, espejo e imagen de sí mismo, que ha necesitado también este *más allá* y su réplica en el arte para el desenvolvimiento de potencias inhibidas y su purificación en el aprendizaje de la simpatía y el sacrificio. Por igual razón ha de preferir en el cuento urbano el tema mórbido; la sangre oblada de escorias centelleantes en los cauces subterráneos de las psicosis. El instinto palidecido, el humo de los sentimientos "que no arden bien", en relación no causal sino de simultaneidad compensada con la obra literaria, tienen en ella un sostén que libera, y retardará el desenlace de su creador.

El territorio de Misiones, que entreveíamos en la contemplación de las ruinas jesuíticas con refracciones de atardecer, cobra a menudo las tintas de una moira torva, vengativa y sarcástica. El estoicismo es la sola defensa de la carne castigada y las fisuras de la psique contra la ironía del azar. Las traiciones en el río y en la selva que parecen condescender propicios a la aventura, buenos como los grandes, pero adonde anidan los ofidios o acecha la raya, educan en una amarga escuela de tenacidad y heroísmo. *En la noche. Van-Houten. Los inmigrantes.* O paralizado todo deseo, sumirse en el letargo del alcohol y derivar mudo hacia el olvido.

Contornos fugitivos tienen el amor y el ensueño feliz en la obra de Quiroga. Bajo el infinito de sus cielos blancos, es maestro en la grandeza y miseria de la muerte. Llega sin haber sido convocada por el dolor, en la soledad de un mediodía, entre los obrajes calcinados, engranando en el juego de la naturaleza. Nada dice alrededor lo sucedido, y el ser ya se ha internado en un destino incierto. Sin lágrimas, sin ascensión, sin ángeles: un cuerpo yacente en el campo, bajo el gran silencio. *El hombre muerto.* Describe otras veces la agonía lenta, rodeada de motivos lacerantes; aguasfuertes de su insólito escalofrío. *A la deriva. El desierto. El hijo. Los cementerios belgas.* El relato sigue su declive imperceptible en un principio, luego equivoco, vertiginoso al fin, y se detiene en el puente oscuro del trance. Sólo será posible develar el misterio por sendas mágicas, conjurando las esencias imponderables. Comprendemos en quien ha sido tan profundamente atraído por la muerte, y su ficción en la ausencia como necesidad expiatoria, el afán obsesivo de reconducir hacia el dintel de la conciencia las sombras del sueño lívido, e integrar un mundo que la enlace y concilie con la vida. El

espíritu configura líneas de simulacro espectral; sus evocaciones sobrenaturales en atmósferas etéreas niegan el no ser, y participan de una corporeidad que llega a ponerlas deliberadamente al borde de lo humorístico e ingenuo.

Nos encontramos ante un difícil nudo: el espíritu y el arte cambiante de Quiroga; el meridiano de su rostro ambiguo, los planos huylentes de un régimen instable y periódico. Algunas veces crea alzándose sobre un coturno de excentricidad y raro hechizo; otras, siempre dueño de su jerarquía original, por travieso *esprit*, en prosa suelta, reflejando con fino trazo el medio burgués, la psicología de las edades, el enigma femenino, las sugerencias del cine fantasmagórico. Con frecuencia en posición autobiográfica, como actor discreto o supuesto testigo. Quizá el arte constituya entonces el rescate de sus fases eclipsadas o demoníacas, que lo devuelve por el humor ágil al contacto de la tierra y restablece su fisonomía, más serena que en la apariencia escéptica. Recientemente poseído, si a la dirección unilateral, al análisis entre muros, o a la abstracción mental dispersiva, sucede una plenitud austera de vida palpitante, de abnegación esforzada; la expectación violenta sobre el gran fondo de la naturaleza metafórica. Así, de modo contenido, en una composición segura de interés creciente, se manifiesta el valor titánico del corazón como el más digno atributo de la estirpe.

Cumplidas las etapas de una vida clarificada, emergen las calidades más nobles, la sencilla grandeza, el absoluto humano y cósmico, que la inteligencia del artista superiormente dotado extrae en su desnudez. La forma sobria, de impasibilidad torturada o matiz impresionista, ajena al color y la opulencia que podría esperarse de su exotismo, forja rítmicamente en madera indígena las tallas de los héroes incógnitos. No vibra en himnos y ahoga todo clamor. El recitativo, sin pulsación prolongada, sigue la línea melódica en un solo tono de la escala natural. Pero *más allá* de la selva y el río con su arquitectura de basaltos, la voz del planeta girando se exhala en el crisol del trópico. Y desde lo alto, el espíritu que creímos aniquilado por el vencimiento y la muerte, revela su presencia en el eco lejano de un coro de eternidad.

Alicia Goyena